

Disertaciones sobre el trabajo

Julián Esteban Lasso Orozco

Maestría en Estudios Políticos

Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales

Universidad de Caldas

2023

Disertaciones sobre el trabajo

Julián Esteban Lasso Orozco

Asesor: PhD Mario Hernán López

Maestría en Estudios Políticos

Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales

Universidad de Caldas

2023

A mi madre, que ha sido fuerza, guía y camino...

Resumen

Disertaciones sobre el trabajo, intenta pensar desde lugares disidentes la experiencia del trabajo en el mundo moderno; busca, desde el rumor de una época, indagar por los discursos y prácticas que atraviesan al individuo, que lo moldean, que le dan sentido a su experiencia. A su vez, es una búsqueda de las diferentes formas de narrar una experiencia en los estudios sociales, de comprenderla, de volverla historia.

Palabras claves: *Estudios sociales, trabajo, poder, economía, política, rumor, disertación.*

Abstract

The present dissertation on work, shows a way of approaching social studies around the work or tasks that are in turn crossed by economic and political power, but that can and should be approached from everyday life; thus, in the first perspective, a brief critique of the theoretical and methodological frameworks around work is sketched; Criticism that, in turn, tries to travel other paths to approach social studies, the search for other ways of thinking society, in short, the basis of a methodological bet that will be developed in the subsequent chapters of this dissertation, which will correspond to the application of the force of rumor, that is, the modern experience of work; here it is exposed then, from a logic close to sociology, the individual fragments, the testimonies, the sense that an era gives to certain experience, to give life to the concept of "work", a concept that becomes flesh.

Keywords: *Social studies, labor, power, political economy, rumor, dissertation.*

Contenido

Introducción.....	1
Capítulo uno: Forma de proceder de esta obra.....	3
I.....	3
II.....	3
III.....	5
IV.....	7
V.....	8
Capítulo dos: La experiencia del trabajo moderna.....	10
“Disertaciones teóricas”.....	10
I.....	10
II.....	11
III.....	11
IV.....	12
V.....	13
VI.....	15
VII.....	16
VIII.....	17
IX.....	18
X.....	18
Capítulo tres: “Disertaciones prácticas”.....	20
La Flor del Alba: “Historias del despojo”.....	20
María. “Historia de la explotación”.....	35
Los hijos. “Entre el deber y la desesperanza”.....	44
Capítulo cuatro: Disertaciones finales. Volver sobre lo pensado.....	49
I.....	49

II.....	50
III.....	52
Referencias bibliográficas	53

Introducción

Hay aquí tres perspectivas, tres miradas desde distintos puntos conceptuales y narrativos, que forman un rompecabezas que al unir sus piezas intenta dar cuenta de una forma de abordar los estudios sociales; en la primera perspectiva el lector encontrará una breve crítica a los marcos teóricos y metodológicos; crítica que, a su vez, intenta transitar otros caminos para abordar los estudios sociales. Asistimos a la búsqueda de otras formas de pensar la sociedad, formas que pretenden pensar los fragmentos en su relación con la totalidad, o por nombrarlo de otra manera, formas capaces de comprender en las partes una lógica general, generadora de sentido, que agrupada en el rumor, da cuenta de los movimientos, los condicionamientos y los caminos posibles de la acción en una época determinada. En resumen, esa primera perspectiva es la base de una apuesta metodológica que será desarrollada en las otras dos. Está de más decir que dicha apuesta no es más que un boceto, los cimientos, de una teoría que pretende irse construyendo de la mano de su producción, es decir, de la mano de la investigación y la práctica; aquí se presenta su forma inicial, que servirá como telón de fondo para comprender la experiencia del *trabajo* moderno; la cual, seguramente la práctica irá moldeando hasta que pueda presentarse como un cuerpo teórico y metodológico en sí mismo, que permita orientarnos hacia otras formas de comprender la sociedad. Pero, como ya he dicho, aquí se presenta un embrión con la esperanza que futuras investigaciones y miradas críticas permitan ir construyéndolo.

La segunda y tercera perspectiva corresponde a la aplicación de la fuerza del rumor, es decir, la crítica de la primera parte, a la experiencia del trabajo moderno. En esencia corresponden a lo mismo dicho de dos formas distintas: la primera de ellas que aparece bajo el título de “Disertaciones teóricas,” intenta exponer desde una lógica cercana a la sociología, es decir, una lógica que intenta agrupar los fragmentos individuales y realizar a partir de ellos generalizaciones en forma de conceptos que den cuenta del rumor o si se quiere del sentido que una época brinda a determinada experiencia. La tercera perspectiva, bajo el título de “Disertaciones prácticas” intenta seguir los caminos de la segunda parte, aunque ya no expuestos de modo general y por tanto conceptual, sino expuestos de modo narrativo a través de la historia de vida, individual,

fragmentada, historia que a pesar de parecer aislada, no deja de estar atravesada por la fuerza del rumor.

En esencia, segunda y tercera perspectiva pueden leerse como dos formas complementarias de decir lo mismo, de dar cuenta de una experiencia en los estudios sociales, capaz de distanciarse de la frialdad del concepto para hacerse carne, pues –para el pensamiento social- de nada sirven los conceptos, son vacíos e inútiles, si ellos mismos no encarnan la vida.

Capítulo uno: Forma de proceder de esta obra.
Breve crítica a los marcos teóricos y metodológicos

I

En disputa a lo que usualmente debería escribirse en una tesis, realizar una larga lista de sociólogos, economistas y filósofos, para sostener las afirmaciones teóricas que aquí se puedan hacer o para sustentar la importancia del tema en un mundo académico que privilegia la cita sobre la idea, las frases entrecomilladas al pensamiento; trataré de realizar un procedimiento contrario, intentando definir el concepto del “trabajo” y narrar su experiencia a partir de las observaciones del tiempo actual; sin negar con ello la fuerza del pasado en la formación e imposición de una idea, se trata más bien de observar atentamente el momento presente, para intentar comprender los caminos que nos trajeron hasta aquí, hasta la mentalidad que tiende a regir una experiencia en una época.

Por ello, al pensar los tiempos actuales y buscar sus rastros en los conceptos que rigen nuestras mentalidades, nos remitiremos a otros pensadores, solo en la medida que nos permitan explicar la experiencia actual; es decir, solo en la medida que la referencia amplíe el pensamiento, nos permita otras miradas, nos genere conjeturas; intentando no caer en el juego académico de las citas y las autoridades en las investigaciones, que acaban limitando la manera de aproximarnos a la realidad social y por tanto imponiendo formas de comprenderla. Por lo demás, es necesario agregar que los marcos siempre imponen límites que nos permiten comparar qué tan cerca o alejado de un modelo se encuentra una investigación (Goffman, 2006), pero poco fomentan la imaginación y la posibilidad de establecer relaciones con la totalidad, tarea que corresponde al pensamiento vivo, pues la realidad no se deja pensar con libro de instrucciones.

II

Intentando salir de una de las primeras limitaciones con la que todo proyecto que aspire encontrarse en los estudios sociales cuenta, la de circunscribirse a un marco de pensamiento, a una escuela, a una tradición... Encuentro una segunda limitación: la necesidad que tienen los proyectos de dar cuenta de una metodología. Quisiera eludir esta discusión, pero, debido a que termina comprometiendo la veracidad de lo pensado, la capacidad para extraer de estas líneas algunas generalidades de la estructura política de nuestro tiempo, evadirla resulta casi imposible.

En los tiempos actuales donde hemos pregonada la idea de la era de la información, el hombre se encuentra atravesado por una serie de discursos, desde el video en redes sociales, el televisor, la publicidad, la familia, la escuela, los productos de las industrias culturales, las conversaciones cotidianas; discursos próximos y lejanos, discursos que en sus cruces, en sus distancias, en sus tensiones, forman el rumor de una época, su tendencia. Sin embargo, por ser tan variados y venir de tan opuestas direcciones, resultan muy limitadas las posibilidades de comprender mediante alguna metodología la forma en que determinan la mentalidad de los individuos, sobre todo, al tener en cuenta que aparecen en todas las etapas de la vida, en diversas formas, que por su magnitud imposibilitan ser reducidos a variables.

Pensemos solo en la tarea de ordenar todos los discursos relacionados con la experiencia del trabajo que hemos escuchado a largo de nuestras vidas, por ejemplo en la prensa, y organizarlos mediante una metodología, ello resulta una tarea casi imposible; de igual forma, si nos remitiéramos a la “cultura popular” tomando todos los refranes que existen frente a dicha experiencia, la labor no resultaría menos vasta; ello, no porque no podamos ordenar toda la información, sino porque tenemos que contar con el esfuerzo de comprender cómo ese inmenso cúmulo de datos determina la experiencia de un individuo o de una época, lo cual terminaría volviendo ese proceder inalcanzable por su propia inmensidad; sin embargo, a pesar del inconveniente de la bastedad de la tarea, los metodólogos nos dirían que el límite de los datos lo brindan los mismos datos cuando se presenta un fenómeno conocido como “saturación de datos,” es decir, cuando las pesquisas no nos arrojan nueva información sobre lo investigado y por el contrario el dato se repite; aunque es allí precisamente donde es necesario recordar que en la formación de la mentalidad de una época la forma en que se repite un dato o una práctica no es algo a subestimar.

Suponiendo lograr la recolección adecuada de los datos, organizados en variables y categorías, se presenta otra dificultad aún mayor, si dicho esfuerzo lo hubiéramos realizado como un ejercicio que analiza la prensa, todos los datos referidos al trabajo en los últimos 50 años, tendríamos que obviar todas las otras series de datos aparentemente aislados que determinan la experiencia del trabajo en el sujeto o, por el contrario, ser capaces de decir en qué medida, en qué porcentaje, la mentalidad de la experiencia del trabajo se encuentra influenciada por la prensa y qué porcentaje corresponde a otros dispositivos, lo cual resulta en sí mismo risible; pues, finalmente por mucho que la realidad nos llegue fragmentada, el individuo es uno, resultando un engaño, cualquier intento, a pesar de su sistematicidad, de pensar la realidad solo con un fragmento, en un mundo donde la experiencia del individuo está llena de millones de fragmentos discursivos que al unirse actúan como totalidad; resulta, aún más falso que a través de dicha metodología, el análisis de un solo fragmento sin las relaciones con los demás dispositivos, quiera tomar el disfraz de verdad y pretenda regir el pensamiento. Sin embargo, como una serpiente que muerde su cola, volvemos al punto inicial, pues en un mundo donde rigen complejas series de dispositivos ordenando la vida, la pretensión de recolectar la totalidad de los fragmentos frente a una experiencia nos sigue resultando, como ya habíamos dicho, demasiada basta para poder llevarla a buen puerto.

III

Habiendo descartado las posibilidades de proceder bajo esquemas teóricos y metodológicos establecidos, que lejos de permitir al pensamiento alcanzar otros horizontes, lo han condenado a buscar siempre las respuestas por el mismo camino, convirtiendo las formas de producción académica en una incesante repetición de ideas, donde no solo está prohibido proceder por otros caminos para estudiar una problemática, sino que han prohibido, también, nombrar lo otro, los mismos temas con los mismos métodos, las mismas ideas reproduciéndose sin salirse de su “justo” límite.

El origen de los pensamientos que aquí se plantean se desprende de muchas fuentes de saber, fragmentos, que seguramente quedarán invisibles al establecerse conjeturas entre ellos, es decir, al buscar la forma en que esas fuentes se relacionan entre sí para dar lugar a la mentalidad de un individuo en una época y, a su vez, limitar u ordenar sus posibilidades de acción; al referirme aquí de modo general a fuentes de saber, lo realizo pensando principalmente en dos posibilidades que puede tomar dicha acepción: la primera relacionada con los datos empíricos, las voces de los individuos, la manera como se exterioriza, se mueve en el mundo; la segunda, relacionada con los dispositivos capaces de producir y reproducir una idea en el individuo hasta que la crea natural a él.

Teniendo en cuenta que las fuentes de saber, dispositivos capaces de formar la mentalidad de una época, formando en los individuos la capacidad de orientar sus actos o en su defecto de abstenerse de ellos, llegan al individuo de forma fragmentada, igual que a la mentalidad del investigador, para después conformar una unidad, medianamente estable, que ordena la vida, se hace necesario aclarar aquí el método con el que se procederá.

El método aquí usado parte de la siguiente premisa: La idea de alcanzar a percibir la totalidad resulta imposible en un mundo en el que al individuo no le llegan sino fragmentos, a los que se aferra para construir su realidad, es decir, a los que se aferra para crear criterios o juicios que lo orientan en el mundo. Por tanto, lo que pretende realizar una obra que busque investigar la sociedad, es dar cuenta de las interpretaciones de esos fragmentos que conforman la realidad hasta convertirse en criterios predominantes en la formación de la mentalidad de una época. Dando cuenta con ello, de las relaciones generadas entre los fragmentos para crear una unidad más o menos estable entre ellos; lo cual se traduce en que acerca de cuestiones particulares todos los individuos de un momento histórico tengan una opinión más o menos similar, aunque se encuentren en lugares diferentes, frente al objeto del cual producen la opinión.

Quiero nombrar a esta forma de proceder: la búsqueda de la fuerza del rumor; una búsqueda que parte de asumir la imposibilidad de alcanzar la totalidad, pero que ante su sed por dar cuenta de la realidad no se detiene ahí, menos aún se conforma con dicha conclusión, ya que sin transitar el camino no resulta más que una verdad vacía, incapaz de dar cuenta de las voces de nuestro tiempo; una búsqueda que intenta crear una unidad a partir de los fragmentos, de indagar por las lógicas del sentido.

IV

La búsqueda de la fuerza del rumor implica el intento por capturar la forma en que fragmentos, aparentemente disímiles, logran imponer una unidad de sentido, a dicha unidad de sentido producto de la fuerza del rumor suele nombrársele moral, sin embargo, al menos en la narración del proceder, nos abstendremos de dicha denominación, ya que implica reducir la búsqueda a dos términos opuestos, el bien y el mal o normalidad-anormalidad; tomando por lo general lo que impera socialmente como lo bueno o lo normal y condenando como malo lo que se sale de dicha esfera o la contradice; para efectos del conocimiento no se puede condenar ningún fragmento, pues, incluso lo aparentemente más distante, lo aparentemente más anormal, guarda una relación con la unidad de sentido, con la fuerza del rumor que no puede ser nunca pérdida de vista.

Es preciso señalar, aún con el temor de provocar tedio en el lector, que el rumor se imprime en la mente de los individuos a partir de fragmentos significativos de la cotidianidad que, como veremos más adelante en el proceso de desarrollo de estas ideas, pueden presentarse incluso de forma contradictoria y, a pesar de ello, esconder bajo sus formas diversas, extremas, la misma unidad de sentido, lo que por tanto implica que generen en la mentalidad del individuo resultados más o menos parecidos.

Los fragmentos que constituyen la fuerza del rumor tendrán que extraerse, por lo tanto, de todos los lugares por los que transita el individuo, desde el relato familiar hasta la conversación escuchada sin ninguna intención al caminar por una calle, resultan fragmentos preciados para dar cuenta de la fuerza del rumor, de allí que quien quiera intentar pensar la realidad social, deba intentar capturar la mayor parte de ellos, ya que cada uno ejerció una fuerza, permeando al individuo, en las lógicas del pensar, sentir y actuar, es decir, cada fragmento ejerció una fuerza condicionante sobre la realidad social. Sin embargo, es necesario aclarar que por muchos fragmentos que se logren capturar, sino se encuentran las relaciones entre ellos, es decir, la fuerza del rumor como unidad de sentido, el esfuerzo habrá sido en vano, ya que los fragmentos por sí solos

nos resultarán mudos; un fragmento no basta para explicar la realidad sino se capturan los hilos que lo mantienen unido al todo, válgame la expresión; a su vez, el pensamiento que cree hallar relaciones en todo pero carece de fragmentos, de realidad, o que se muestra incapaz de salir de la cabeza del escritor para confrontarse con el mundo, no podrá ser más que especulación vacía, que precisamente por carecer de realidad, por carecer del otro, no podrá nombrarse a sí mismo pensamiento social.

V

Quiero antes de cerrar las anotaciones sobre la fuerza del rumor, recordar como un legado de la filosofía, la idea del continuo cambio de todas las cosas, incluso de las ideas o formas de pensar; en el que, sin embargo, el pasado, o si se prefiere para ser más acordes a la expresión de dicha filosofía, el momento anterior, permanece como un momento necesario, sin el cual el presente se tornaría imposible (Hegel , 2009).

Dicha idea no puede perderse de vista a la hora de indagar por la fuerza del rumor, pues, el rumor expresado como fuerza se va moviendo acorde a las tensiones de cada época, si se quiere puede decirse que el rumor se realiza en acto aunque su base sea la historia, el rumor se va creando, va produciendo nuevas lógicas, nuevos movimientos. De allí, que olvidar la filosofía del cambio implica olvidar que lo que se pretende buscar en la fuerza del rumor, su tendencia, es producto de la vida siempre cambiante, es decir, un movimiento que se renueva cada día, que no cesa sino con la muerte; o como bellamente dijo un poeta, un movimiento en el que “Nada vuelve, nada se repite, porque todo es real” (Pessoa , 2013, pág. 177).

Por último, quiero indicar a manera de síntesis que la pregunta por la fuerza del rumor es una pregunta por todos los pequeños fragmentos, que de manera intencionada o en la mayoría de ocasiones inconsciente, se imponen en la mentalidad de una época como fuerza, como tendencia ordenadora. Quiriendo captar la totalidad, que conforma el rumor, la realidad social se presenta por pequeños fragmentos, fragmentos que la mentalidad del individuo captura y ordena a lo largo de su vida, de su historia, que lo moldean y determinan sus posibilidades de acción; pero, a pesar de estar constituido de

dichos fragmentos, el individuo se muestra incapaz de mirar atrás para comprender el collage que lo compuso y lo llevó a afirmar un modo de conducirse por la vida, a moverse bajo una lógica, bajo una tendencia, bajo una unidad de sentido; Dicho mirar atrás, para conformar la unidad de los fragmentos, para comprender su sentido, es la tarea del pensador de la realidad social (Benjamin , 2012). Siendo así como la fuerza del rumor implica: la posibilidad de leer en cada gesto el rumor que lo acompaña, la sensibilidad de una época manifestándose, explicar en cada gesto la historia que lo hizo posible.

Capítulo dos: La experiencia del trabajo moderna.

“Disertaciones teóricas”

I

La experiencia de la fuerza del rumor, al mirar hacia el pasado no puede evitar la caída en la nostalgia, pues, el pasado, lejos de representar un camino lleno de triunfos, le representa una serie de pérdidas que han llevado al hombre a su condición presente; dichas pérdidas son asumidas por la mentalidad de una época, en ellas encuentra su realización, sin percatarse que lo que asume como triunfos es solo el producto de un constante desgarramiento (Benjamin , 2012).

Para que la experiencia del trabajo, al menos en el mundo moderno, alcanzara ese trono, desde el cual impone sus designios, necesitó recorrer el camino de las más atroces violencias, para que lo que antes era percibido como una condena, se manifestará ahora como un deber ser, como un lugar hacia el que debe tender el hombre, ocultando así todas sus violencias constitutivas en la voluntad, necesito recorrer un camino lleno de crueldades.

El camino de esas pérdidas en la experiencia del trabajo, construida por la modernidad, se sintetiza en la glorificación del trabajo como sagrado ideal al que debe sacrificarse la vida; donde los antiguos habían visto un medio para satisfacer las necesidades de la vida, que procuraba, a su vez, los medios necesarios para aspirar a las grandes hazañas, a la libertad, allí los modernos percibieron un fin en sí mismo, un proceso eterno de acumulación, que acabaron confundiendo con la realización de su propia vida material y espiritual; lo que en tiempos pasados había sido percibido como una condena, alcanzó en la modernidad su grandeza, al expresarse como ética, la “ética del trabajo”, dirigiendo el destino y las aspiraciones de la humanidad.

Bastará con una mirada al pasado para que el trono en el que ha sido puesto el trabajo empiece a desmoronarse y su supuesta libertad e igualdad aparezcan en la práctica como el más profundo desamparo; la experiencia que funda la noción del trabajo moderno, no es el idilio, sino el despojo del campesino y la prisión de la fábrica, velados por la

fantasmagoría del hombre libre, es decir, del que dispone “libremente” de su fuerza de trabajo. Pero la fantasmagoría del hombre libre no tardó en develar su contradicción, la libertad ganada para disponer de su vida, representaba, a su vez, la pérdida de los medios de vida, ahora sustituidos por los medios de producción; que en la práctica representó la pérdida de la autonomía para satisfacer sus propias necesidades (Marx, 1946).

II

En la conducta, principal pauta de comportamiento en la modernidad, para generar la sensación de normalidad, se condensan las viejas violencias, quedando como huellas en la historia, para condicionar nuestro “actuar” presente, nuestras relaciones con el otro y con el mundo. En la conducta las violencias se han incorporado, se han vuelto deber ser, se han convertido en punto de referencia, en destino. En la conducta las viejas violencias, toman el disfraz de la voluntad, hasta tal punto que logran engañar al hombre creyendo que es libre, que camina por su propia voluntad, hacia un destino que lo esclaviza.

III

El mundo del trabajo, parece evocar una relación del hombre con la necesidad, es decir, una relación con la conservación de la vida misma; a ello alude al menos la diferencia que los antiguos hacían de la palabra trabajo con la palabra labor; donde la labor aludía exclusivamente a las actividades relacionadas con preservar la vida, esto es necesarias, al menos biológicamente; mientras que el trabajo se le reservaba el lugar de proporcionar

“un «artificial» mundo de cosas, claramente distintas de todas las circunstancias naturales. Dentro de sus límites se alberga cada una de las vidas individuales, mientras que este mundo sobrevive y trasciende a todas ellas” (Arendt, 2005, pág. 35).

Las actividades encaminadas a la preservación de la vida, por tanto a la labor, correspondía a la esfera privada, leyéndose aun en lo privado su carácter privativo, su carencia, además, su permanencia en lo oculto; la aparición del hombre en la esfera pública solo era posible para aquellos que se habían liberado de la carga de la labor, es decir, de la condena de la necesidad, para ser recibidos así en la esfera de la libertad, esfera de las hazañas y la realización del individuo (Arendt , 2018).

La diferencia entre labor y trabajo se desvanece para el mundo moderno, uniéndolas en una misma esfera, que implica que ambas palabras se entiendan indistintamente; cuando se indicaba la labor, en relación con la necesidad, y por ende con la esfera privada para los antiguos, se buscaba señalar la existencia de una esfera totalmente diferenciada de la esfera de la acción de los hombres, de las hazañas y de su libertad, en síntesis, de la esfera pública; no poder indicar dicha diferencia, implica a su vez, que ambas esferas, pública y privada, se funden en la esfera social, borrando los límites de las actividades correspondientes a cada una de ellas, principalmente aquellos que diferenciaban lo concerniente a la necesidad y la libertad (Arendt, 2005).

IV

Pero ¿por qué considerar una pérdida la fusión de los límites de las dos esferas? ¿Por qué considerar problemática esa forma extraña entre lo público y lo privado que aquí, siguiendo a Arendt, denominamos la esfera social? (Arendt, 2005). Quizás, la respuesta más cercana sea: debido a los dispositivos de control que a partir de ella se pudieron generar, que para el caso de la experiencia del trabajo, confunde como elementos de un mismo esquema la realización del hombre, sus hazañas, sus utopías, con la satisfacción de sus necesidades biológicas, de preservar la vida, antiguamente exclusiva de la labor.

La expansión del control, al fusionarse las dos esferas, implica que se regula con el hambre y con el símbolo, con la necesidad y el deber, puestos al servicio de un sistema de explotación del hombre por el hombre (Horkheime & Adorne, 2009). En los tiempos en que todavía se podía establecer la diferencia entre labor y trabajo, la labor estaba exclusivamente para satisfacer las necesidades del cuerpo, que aunque en algunos periodos se mostraba como una condena, pues, siempre se tiene que repetir a lo largo de la vida la búsqueda por satisfacer las necesidades materiales, no implicaba en sí misma la pérdida de la libertad del hombre; debido a que, una vez se satisfacían las necesidades materiales, el hombre quedaba liberado de la condena de la labor, en otras palabras el ciclo de la labor tenía un carácter finito, dado por la misma finitud del cuerpo. Cuando la diferencia, entre labor y trabajo, desaparece, no se pierde el carácter material que había en la antigua noción, es decir, no deja de estar presente el cuerpo y la necesidad de satisfacer sus necesidades; pero, aparece en la noción del trabajo una búsqueda de tipo ético, que convierte el ciclo finito de la labor, en un ciclo infinito del hombre por tratar encontrar allí su realización. El hombre continúa con la condena del cuerpo, pero, añade a ella una incapaz de saciarse: la condena del deber.

V

El primer disfraz que toma la violencia del trabajo, al menos en términos modernos, es el del hombre libre; un proceso que aunque con distintos matices se desarrolló de manera similar en todos los países, al menos en occidente, que asumieron el modelo capitalista. La sensibilidad que está época tiene para mirar el mundo medieval viene de la mano del rumor de comprender ese pasado de una forma estática, es decir, un mundo sin aquello que hoy conocemos como movilidad social, se nace siervo y siervo se muere, nada o muy poco puede hacer el hombre para cambiar tal situación. Esa ausencia de movilidad social, también se expresa en la ausencia de movilidad en un sentido físico, a menos de tener que pagar la pena del exilio, resulta extremadamente complicado que un siervo e incluso un aristócrata pueda moverse de su territorio, ello debido de una parte a la ausencia de caminos por los que se pudiese viajar tranquilamente, es allí donde podemos encontrar la explicación de porqué incluso en

Europa fue tan difícil el desarrollo de un mercado, al menos en el sentido que hoy lo comprendemos y, a su vez, porqué el intercambio de mercancías, en un primer momento bienes de lujo, se desarrolló primero de forma marítima, principalmente por las costas del mediterráneo. Los caminos hasta finales del llamado “mundo medieval” eran muy incipientes y resultaban demasiado peligrosos como para que alguien se atreviera a emprender por ellos travesías y, mucho menos, atreverse a establecer rutas de comercio (Weber, 2011).

Además, del problema de los caminos, que mirado a la luz de la siguiente dificultad resulta un problema secundario, hay que tener en cuenta que la economía dependía enteramente de la fuerza de los hombres en relación directa con la naturaleza, el hombre medieval no tuvo la mediación de la máquina, que es a su vez, la multiplicación de su fuerza. Tal situación implicaba un doble juego, de una parte se dependía enteramente de la naturaleza y, por decirlo de alguna manera de sus caprichos; la menor modificación de ciertos factores podía generar la hambruna de pueblos enteros. De otra parte, al no depender más que de las fuerzas del hombre, además, de carecer de los afanes de acumular riqueza propios de la época posterior, gran parte de la economía era de carácter consuntivo, en otras palabras, se “producía” lo necesario para el consumo, para el sustento de la comunidad, quedando siempre un excedente muy limitado, es más, casi nulo en la mayoría de los casos; lo cual de entrada, suponiendo que hubiesen buenos caminos, hacía imposible la idea de un mercado, dándose el intercambio solo de manera ocasional.

Pero, si fuésemos capaces de mirar al pasado sin reflejar en él todos nuestros deseos, sobre todo, si somos capaces de distanciar de nuestra mirada la tan postergada promesa de libertad, promesa y deseo, que parece fundar nuestra época desde los ilustrados, como proceso simbólico, pasando por la revolución francesa, como proceso práctico, hasta nuestros días; si suspendiéramos ese deseo y con dicha suspensión, las categorías que de él nos vienen para mirar al pasado, como aquella descrita en el párrafo anterior, la de movilidad social, no veríamos el presente como un triunfo sobre el pasado sino que sabríamos leer en él muchos de nuestros “despojos” actuales.

Para empezar a narrar esos despojos, que dieron origen a la fantasmagoría del hombre libre, es necesario empezar por el que representa la ruptura de muchas de las formas de autonomía del individuo o si se quiere de la comunidad, dando paso a una

dependencia cada vez más acentuada del mercado: el éxodo del campo a las ciudades, es decir, el paso de un mundo rural a un mundo donde la mayoría de la población se concentra en las urbes.

VI

Pensemos ahora, no desde las dichas proclamadas por la modernidad del “hombre libre”, sino desde el intento por llenar de contenido algunos conceptos que a fuerza de repetición han perdido su potencia, su capacidad de decirnos algo; en el problema de la libertad en el cambio de un mundo predominantemente rural al mundo donde la población se concentra en las ciudades. Pensar el problema de la libertad, requiere, a su vez, entrar en un doble juego con el problema de la necesidad; de allí, que al menos teóricamente para comprender lo que aquí trato de explicar, no pensemos la libertad como una simple abstracción del espíritu, como una especie de utopía o algo que está más allá, quiero que pensemos la libertad, anclada a la tierra, al menos metafóricamente hablando, es decir, desde sus posibilidades de realización.

En el paso del hombre a la ciudad para configurar la fantasmagoría del “hombre libre” encontramos, también, la pérdida de su autonomía, expresada en el despojo de sus medios de vida, convertidos posteriormente en medios de producción. Quiero aquí plantear un cambio en la visión del pasado, visión que continúa hoy permeando la mentalidad de nuestra época, la cual erróneamente ha visto mayores posibilidades de realización de la libertad en el ciudadano, que en el campesino a quien, incluso hoy en día, se observa bajo conceptos que representan el atraso, en un mundo adicto al “progreso.”

El campesino, que se ha representado en nuestro imaginario del mundo medieval bajo la figura del siervo, en su relación con el trabajo tenía mayor autonomía que el hombre moderno bajo su disfraz de hombre libre; esta autonomía se expresa en que dependía de sí mismo, en la relación con la naturaleza, para procurarse los medios de subsistencia. En otras palabras había mayores grados de independencia, ya que las posibilidades al menos materiales de su vida, no se encontraban mediadas por las

posibilidades de vender su fuerza de trabajo en el mercado; sino que era su propia fuerza, su autonomía, sin esa mediación, la que permitía que la vida se siguiera perpetuando. En síntesis, las posibilidades de realización de la libertad, al menos en términos materiales, para el campesino con sus medios de vida, la tierra, son mucho mayores que las del “hombre libre” atado a las posibilidades de venderse en el mercado.

VII

El paso a las ciudades implicó un doble juego, los libros de historia siempre segados bajo la idea de que cada paso de la humanidad constituye un avance en el interminable camino que conduce al progreso, vieron en este cambio, algo similar a lo que habían visto los biólogos en el paso del mono al hombre; en el movimiento a las ciudades el siervo, siguiendo al mono, parecía erguirse, se levantaba y rompía sus cadenas, dando lugar al “hombre libre”; pero, fue tan veloz ese movimiento, al menos para los ojos de los historiadores, que creyendo que se entraba en una época de libertad y progreso, muy pocos fueron capaces de percatarse de aquello que se iba perdiendo en el camino y de las nuevas cadenas, o si quiere condenas, a las que se enfrentaría la humanidad.

Para el caso del trabajo la “libertad” ganada por el hombre moderno, aquella de vender “libremente” su fuerza de trabajo, no constituye más que una ilusión, es la manera en que se disfraza la obligación de verse condenado a la explotación de la fábrica, esto es la explotación del hombre por el hombre, debido a que se carece de la propiedad de los medios de producción; es más, para el hombre moderno donde su vida la rige el valor de cambio, empezando por el cuerpo que el mismo tiene que vender para procurarse su sustento, eso que podríamos llamar medios de vida, como había sido la tierra y sus frutos y demás regalos de la naturaleza para nuestra preservación, ha dejado de existir; en lugar de los medios de vida, tenemos los medios de producción, los cuales ya no procuran satisfacer las necesidades del individuo y la comunidad, sino las del mercado.

Es así como se configura la idea del “hombre libre,” la cual en la práctica, aunque con distintos matices en cada país, parte del despojo de los medios de vida, para luego en el ánimo de una época que pretendió dominar tanto a la naturaleza como a los hombres, volverlos a través del monopolio medios de producción; Ahora la posibilidad de satisfacción de las necesidades, deja de estar mediada por la antigua alianza con la naturaleza, la tierra, que habían suscrito nuestros antepasados; para el caso del mundo moderno, parece haber una idea totalitaria del mercado, pues, todo parece verse en la obligación de tener que pasar por allí, tanto el pan que sirve de alimento, como la vida misma del trabajador que tiene que ser vendida para hallar así su propio sustento. De allí, que al menos para la modernidad, pueda afirmarse que la fantasmagoría del hombre libre implica en un sentido práctico la realidad del hombre desprovisto.

VIII

Hay en la sospecha de los gremios medievales hacia la figura del comerciante, un temor a que una sola persona pudiese hacerse con el control de la producción, al tener el monopolio de la distribución, de allí que cada uno de los asociados al gremio, que accedían a las materias primas, tuviera que realizar todo el proceso de sus productos, desde la fabricación hasta la distribución (Weber, 2011). La actual división del trabajo, que entraña la división en pequeñas partes de un mismo proceso en la cadena de montaje, además, de la hiper especialización de las labores parecen justificar dicho temor.

La modernidad conoció la realización de dicho temor de una parte en el monopolio de los medios de producción y, por otra, en el monopolio de distribución; un lugar donde podemos observar las consecuencias de dichos monopolios es en los bloqueos económicos a algunos países, que aunque motivados por razones políticas, son capaces de destruir su economía, tanto en la fabricación, bloqueo de materias primas; como en la circulación de sus productos mediante el bloqueo de los mercados; sumiendo de esta forma sociedades enteras en la miseria.

IX

Basta una mirada a la historia del trabajo moderno para comprender con que violencia se formó en los trabajadores la buena voluntad por el trabajo, desde las leyes del vagabundaje que marcaban con un hierro ardiendo a quienes no pudiesen probar que se encontraban empleados; pasando por la condena a trabajos forzados a los vagabundos o, incluso, la explotación forzada de comunidades enteras hasta su extinción para sumar riqueza al aparato de acumulación capitalista; todo es gloria, todo es un acuerdo de “buena voluntad.” (Marx, 1946)

Fueron esas violencias, ese acuerdo de “buena voluntad,” lo que fue formando en los trabajadores el “amor” por el trabajo, hasta sentirlo como una obligación ética, en la que el hombre encontraría su realización. Fueron, a su vez, esas violencias las que fueron moldeando el proceso de racionalización del mundo moderno, en el que todo se puede calcular, del cual ni las ideas más revolucionarias pudieron librarse, contando entre sus utopías la “sociedad de los trabajadores” ordenada a partir de las lógicas del cálculo y la racionalización.

X

La incorporación de las violencias referidas al trabajo, tanto en lo material como lo simbólico, de la que devino una lógica racional capaz de ordenar el mundo moderno, en el cual prima la posibilidad de cálculo y, con ello, la posibilidad de dominación; no hubiese podido concretarse sin la alianza con el Estado moderno. Estado que en occidente toma la forma de “Estado racional, único terreno sobre el cual puede prosperar el capitalismo moderno. Dicho Estado se apoya en una burocracia especializada y en un derecho racional” (Weber, 2011, pág. 342). Estado, al cual, valdría la pena agregar: único terreno sobre el que parece pensarse la vida moderna,

pues, incluso la utopía socialista, con su organización del trabajo, se mueve bajo sus redes.

Capítulo tres: “Disertaciones prácticas”.

La Flor del Alba: “Historias del despojo”

Para los que no saben, La Flor del Alba es mi abuela, “mujer” en un país regido por el machismo, con todas las cargas y angustias que sobre ellas caían en una época que, para valerme de la expresión de Jack London, estaba dominada por la bestia blanca (London, 2008). Mi abuela, una de las menores de trece hermanos, trece, lo repito, porque aquí el número importa; no por pretender caer en artilugios, o en uno de los tantos misterios que este número encierra y mucho menos por la pretensión de recurrir a un análisis cabalista; simplemente por lo que en la práctica este número implica: trece personas cuya fuerza de trabajo puede ser explotada en una sociedad predominantemente rural, en la que, a pesar de los procesos de industrialización al otro lado del hemisferio, seguía sin conocer la máquina.

Inicio esta historia del trabajo, que es a su vez una historia de la violencia y la explotación, aludiendo directamente al hecho de ser mujer, debido a que La Flor nació en una época en que ser mujer implicaba un proceso de sujeción mucho mayor a los padecidos por el hombre en la misma condición. La mujer en Colombia, hasta el 25 de mayo de 1956, día en que se expidió la primera cédula femenina a Carola Correa de Rojas, esposa del entonces presidente general Gustavo Rojas Pinilla, estuvo relegada a lo que antes hemos nombrado como la esfera privada, entendiendo esta palabra no en la acepción que hoy de ella se tiene, en la que parece estar más cercana a la intimidad, sino comprendiendo la esfera privada como una forma de privación, algo de lo que se carece.

Sin embargo, a pesar de que el eje problemático, que me remite a narrar esta investigación es el tema del trabajo, quiero aclarar que aunque la expedición de la cédula femenina era una medida que supuestamente ampliaba los derechos de las mujeres, por ejemplo en el campo electoral brindando el poder de sufragar; estos derechos y libertades aparecen de un modo formal pero en la práctica el machismo sigue imperando por casi todo el siglo XX y, apenas en las primeras décadas del XXI, observamos intentos desde las banderas del feminismo por transformar dicha situación que impera aún hoy en día en gran parte de la sociedad colombiana. Lo menciono no

por un intento de divagar o tomar por las ramas el problema central del documento que ahora escribo, sino porque el hecho de recluir a la mujer a la esfera privada implicó que temas como la planificación familiar se tornarían imposibles, ello debido a que fue al finalizar el siglo XX que se hace un reconocimiento de los derechos reproductivos de las mujeres, ahondando tal situación el problema religioso que vetaba como pecado el disfrute de la sexualidad en casos distintos al de la reproducción y a la mentalidad machista antes mencionada que veía en la mujer un objeto decorativo de la casa, de entera propiedad del “varón”; por ello La Flor del Alba como repitiendo su historia familiar tuvo en condiciones de extrema pobreza más de doce vástagos, de los cuales para que ustedes tengan una escala y puedan medir a lo que hago referencia cuando digo extrema pobreza, murieron varios por problemas relacionados con la desnutrición y la falta de atención médica, que en aquellas montañas antioqueñas de mediados del siglo XX, estaba reservada para aquellos que tuvieran el capital suficiente para pagar. Aunque más adelante volveré sobre el número de hermanos y posteriormente sobre el de hijos que tuvo La Flor, porque como ya mencioné es un dato central en un país que aún no conocía siquiera los procesos más incipientes de industrialización y la única manera de producir riqueza era el trabajo realizado con el machete, el hacha y el azadón.

Cuando le pregunto a La Flor las razones por las que, a pesar de tener tantos hijos, nunca tomó la decisión de planificar, máxime sabiendo las condiciones de vida en las que se encontraban; me argumenta desde motivos religiosos como el pecado, después, con un poco de vergüenza y timidez pronuncia unas palabras que estoy seguro, solo nombra ahora años después de que ha muerto su marido, no sin antes sonrojarse un poco, me dice: mijo, además, esos tiempos no eran como ahora que cualquier mujer puede conseguir pastillas o inyecciones para planificar, en ese tiempo si uno tenía la plata para hacerlo, tenía que contar con el permiso del marido para que el médico se las diera y el marido no le daba permiso a uno, es más uno ni siquiera se lo podía mencionar porque empezaban a tratarlo mal, hasta de puta lo trataban a uno, diciendo que si quería planificar era para irse a vagabundear, a putear, con hombres de la calle y eso sí que no lo iban a permitir. De allí, que La Flor del Alba, si usted que está leyendo este texto es buen observador y realiza el cálculo, al igual que su madre, pasó toda su juventud, todo el periodo fértil de una mujer, en el hogar pariendo un hijo tras otro.

Lamento no poder contar aquí la historia de esa otra mujer, la madre de mi abuela quien también tenía nombre de flor, Laura Rosa, como si sus padres hubieran soñado

para ellas un mundo en el que podrían florecer, un mundo que desearon fuera como la primavera pero se mostró como el más duro de los inviernos, invierno que acabó por marchitarlas; lo lamento, porque sé que su historia aparece como una condena similar a la que aquí narró para tratar de comprender la explotación de los humanos por los humanos, en esa forma que se muestra tan hostil llamada trabajo; pero, a pesar de no haberla visto nunca en los años de mi infancia, me llega un recuerdo que me ha contado mi madre: la forma en como la tuvieron que sacar cargada desde una montaña antioqueña a dos días de camino hasta el pueblo más cercano, Argelia, para después montarla en una ambulancia y llevarla a la ciudad para que la viera un médico, el cual dictaminó que su enfermedad ya se encontraba muy avanzada como para hacer algo y que solo quedaba llamar a un cura, procedimiento que se realizaba con los moribundos, para que le diera la extremaunción y esperase la muerte en paz; la menciono en este párrafo, como una de las grandes desviaciones de este texto, para hacer un pequeño homenaje a todas esas vidas que en medio de duros trabajos no conocieron la paz, además, de haber conocido muy pocas dichas a lo largo de toda una vida de padecimientos; padecimientos que solo pudieron ser soportados por una religión que prometía que el sufrimiento, el dolor y la resignación, eran los caminos para alcanzar el paraíso y la vida eterna, de corazón les deseo que ello fuera verdad y, para usar la expresión de mi abuela, que dios las tenga en su gloria.

Menciono el tema de la mujer, particularmente el del machismo, no de manera gratuita, ello debido a que en Colombia solo a mediados del siglo XX se da trámite jurídico a las leyes de capitulaciones matrimoniales, las cuales permitirán a las mujeres administrar de forma independiente sus propiedades, ello debido a que antes en caso por ejemplo de fallecimiento del marido o de los padres, dichas propiedades y su administración quedaba a cargo de un tutor: fuera para un caso el marido o para el otro un familiar cercano como un tío o un hermano. Dichas leyes, aunque como ya se mencionó, empezaron a tener vigencia jurídica en la primera mitad del XX, en términos prácticos carecieron de cualquier aplicación, al menos para las mujeres desheredadas como es el caso de la Flor del Alba, pues, en la práctica seguían sujetas a los ingresos para el sostenimiento de la familia que realizará el hombre.

La Flor del Alba tuvo que pasar toda su vida, al menos hasta la muerte de su marido dependiendo directamente de los recursos que él pudiera proveer, posteriormente, al quedar viuda, la abuela, al no haber trabajado nunca, al menos de manera formal, en una

época en que no se daba ni siquiera la discusión acerca de la importancia del trabajo doméstico; y por ende no poder aspirar a una pensión o si se quiere a alguna forma de independencia económica, ya que cuando ello ocurrió sus fuerzas estaban menguadas para el trabajo, pasó a depender de los recursos y la voluntad de sus hijos. Es decir, La Flor del Alba pasó toda su vida dependiendo económicamente de la voluntad de otros, lo que limitó cualquier posibilidad de pasar en términos reales a la esfera pública o si se quiere a la esfera de la acción que en resumen, como ya se mencionó en los apartados teóricos, corresponde a la esfera de la libertad.

Pero, lejos de pretender ser objeto de este texto un intento de pegar conceptos vacíos de autores europeos, quiero que revisemos en detalle la fuerza de estas afirmaciones, en otras palabras, que realicemos el ejercicio de llenar los conceptos de contenido; contenido que para el caso de un análisis de las ciencias estudios sociales resultan ser la vida misma. Es por ello, que para los párrafos siguientes, propongo una lectura desde una afirmación muy usual en Colombia en los tiempos de La Flor, cuyo eco llegó hasta nuestra generación un poco rancio, aunque aún con cierta fuerza para determinar el rumor o si se quiere para moldear la mentalidad, con ello la sensibilidad, de una época; dicha afirmación es el adagio popular que reza “Los hombres para la calle, las mujeres para el hogar,” afirmación que, quizás sin comprender sus implicaciones La Flor repetiría para sus hijas, quienes ya empezaban a negarse a aceptarla así no más e incluso hasta sus nietas que ya podían tomar una distancia mucho más crítica e incluso negarse al contenido práctico de dicha afirmación.

Quiero, además, para la lectura de los párrafos siguientes, que la palabra hogar, indicada en la frase, no se lea en términos románticos o mucho menos bajo los signos del adagio que reza “hogar dulce hogar,” sino que se realice bajo la comprensión teórica del hogar entendido como espacio privado, dándole aquí a la palabra privado la fuerza de lo privativo, es decir, espacio desprovisto de o falta de algo. Pero ¿Qué es de lo que se priva quien permanece toda su vida en el hogar, en el espacio privado? ¿De qué carece? ¿Qué es lo que le falta? (Arendt, 2005)

Sigamos con el relato de la vida de La Flor para intentar hallar en la experiencia personal del trabajo, ese rumor o sensibilidad común a los individuos que habitan esta época. Antes mencioné, aunque sin detenerme en la afirmación que: La Flor del Alba era una de las menores de trece hermanos y dije, también, que el número era importante,

ahora vamos a mirar porqué. La Flor nació y creció en las montañas antioqueñas, por si alguien que nunca ha visitado Colombia llega a leer este escrito voy a contar brevemente cómo son: para aquella época, aunque dicha situación no ha cambiado mucho, esas montañas, empinadas, llenas de derrumbes en los inviernos, cuando la tierra se empezaba a mover y arrastrar con ella todo lo que encontrara a su paso: casas, árboles, vacas, personas, en fin, ya podrán imaginar... Pero, vuelvo al texto, para aquella época esas montañas contaban con muy pocas carreteras y, las pocas que había, se encontraban en muy malas condiciones, a tal punto que un automóvil como los de la actualidad difícilmente podría ir de un pueblo a otro; esta era la situación de las vías principales, las cuales eran surcos que iban rodeando las montañas, ascendiendo y descendiendo al borde del abismo, hasta llevarlo a uno hasta el pueblo que fuera a visitar. Las vías que en tiempos normales ya eran deplorables, en la época de invierno empeoraban mucho más; aunque repito, pero solo lo hago para los extranjeros, aquí no se puede hablar de estaciones propiamente, sino de unas temporadas un poco más lluviosas y otras más soleadas, pero contamos con la fortuna o la condena, según de donde se mire, de conservar durante todo el año un clima tropical.

Entonces, al llegar el “invierno” época en que la dulce lluvia se volvía aguacero, las carreteras que ya eran difíciles de transitar se volvían imposibles y tenga en cuenta el lector, que acá estoy hablando de aquellas que comunican un pueblo con otro o, si se quiere, en un lenguaje más técnico, estoy hablando de las vías principales, las cuales casi siempre con los aguaceros acaban tapadas por un derrumbe, o como dice el noticiero por un deslizamiento de tierra, que podía interrumpir por una temporada la comunicación entre un pueblo y otro, aunque valga la pena decir que dada la forma de la economía dicha comunicación tampoco era muy relevante que digamos, más adelante se dará cuenta el lector de las razones. Antes, quiero que se detenga un instante y piense: si ese era el estado de las vías principales cómo sería el de los caminos de herradura que iban de una finca a otra, o si se quiere de las vías secundarias y, además de ello, que intenten imaginar las mil dificultades para generar lo que de manera abstracta se conoce en términos económicos como un mercado interno, en un país donde la dificultades para trasladarse a un pueblo vecino eran astronómicas.

Como no había carreteras y con la falta de carreteras la comunicación era muy limitada, me cuenta La Flor del Alba, para que ustedes se hagan una idea, que el abuelo en tiempos de contiendas políticas llegó a caminar más de dos días para llegar al pueblo

más cercano a ejercer el derecho al voto, además, como ya debe haber supuesto el lector, el mercado era casi nulo, en su mayoría todo lo que se producía se consumía ahí mismo o se intercambiaba, truequiaba, con algún vecino. Cuando le pregunto a La Flor por los productos que compraban en el mercado me dice: “mijo realmente era muy poco: la sal y de vez en cuando, muy de vez en cuando, el arroz porque eso nunca se ha sembrado por acá.” Yo, que la conozco como la palma de mi mano, por ello sé que adora el chocolate en las mañanas le preguntó: ¿Abue dónde compraban la panela con qué hacían el chocolate? Y ella se sonríe, como si mi pregunta la hubiera transportado a otra época para decir en una voz muy baja: “mijo la panela si se hacía por acá, en muchas fincas había trapiche, además, cuando estábamos viviendo en alguna que no hubiera, la cambiamos con los vecinos por plátanos o maíz pilado para la mazamorra.” Ahora el que se sonríe soy yo, llevado por el maíz pilado a otra época, ay si La Flor supiera que cuando escribo estas palabras han muerto con ella todos los seres que usaban pilón y que las arepas de maíz que ella tan de buena forma sabía amasar y con sus propias manos moldear ya no hay quien las haga y si usted las encuentra se dará cuenta que todas tienen la misma forma, porque son hechas con molde y no a mano, pero no nos alejemos con anécdotas del centro de esta narración.

Como ya el lector pudo notar, La Flor del Alba pasó la mayor parte de su vida en una finca, era una persona montañera, aunque esta palabra adquirió con los años una connotación negativa más cercana a indicar ignorancia que el lugar de origen de ciertas personas; siendo así diremos que La Flor tuvo todo su vida, incluso muchos años después de haberse visto obligada a migrar a la ciudad, una mentalidad campesina. Ahora, he dicho que era una de las menores de trece hermanos y en el hecho de haber nacido y crecido la mayoría de ellos en el campo, en la finca, radica la importancia del número. Como ya se ha mencionado, con unos caminos y carreteras casi nulos y con procesos de mecanización de la tierra más incipientes aún, pues, todas las herramientas se reducen a un machete, un azadón para arar los cultivos, un par de palas y palines para sembrar, en fin todas herramientas de tipo manual; las posibilidades de hacer producir la tierra se concentraban principalmente en la fuerza de los hombres; de allí, que el número sea tan importante, a más hermanos e hijos mayor la fuerza productiva.

La Flor, al igual que sus hermanos, nació en una finca de las montañas antioqueñas llamada “Agua Bonita,” la cual era propiedad del matrimonio de Laura y Juan de Jesús, sus padres; Las historias más bellas de la vida de mi abuela transcurrieron allí; en “Agua

Bonita” conoció la abundancia de la tierra, esas tierras que por no haber estaciones todo el año se encuentran verdes, esas tierras donde nacen en lo alto los arroyos, que al son de su recorrido se van agrandando hasta llegar a convertirse en los majestuosos ríos capaces de bañar todo el valle para después, miles de kilómetros después, fundirse con el mar. En esa finca la naturaleza era pródiga, ella obsequiaba los plátanos, el apetecido frijol de la región, el cacao y la caña que al molerse en el trapiche daba la agua panela y, también, para las fiestas el alcohol.

Esa abundancia de “Agua Bonita” hacía inútiles las carreteras, casi todo lo que se necesitaba la tierra lo daba, bastaba con poner un poco de trabajo y de amor; es por ello, que La Flor recuerda haber salido muy pocas veces de allí antes del matrimonio, cuando salió para no regresar; por lo general las veces que salía se debía a un motivo muy especial, como el matrimonio de un familiar muy cercano, las fiestas del pueblo a las que asistía toda la familia, una celebración religiosa o el velorio de algún ser querido. En resumen, “Agua Bonita” era al menos en términos estrictamente económicos una autarquía, se producía y consumía con total independencia del mercado; y digo en términos económicos porque en términos políticos, como casi todo el país en esa época, se encontraba bajo el yugo de los partidos conservador y liberal, además, de las guerras de guerrillas que empezaban a iniciarse y sumirían al país en un conflicto armado de más de sesenta años.

La abundancia de “Agua Bonita” dependía de dos cosas principalmente, la primera de ellas los dones de la naturaleza, expresados en la fertilidad de la tierra, pródiga para entregar sus cosechas; la segunda, del empeño que pusieran los hombres en transformar el paisaje en cultivos para su supervivencia, es decir, el trabajo. Naturaleza y hombre se unían, se transformaban y, hasta puede increparse, se destruían para continuar perpetuando la existencia de la especie humana. Sin embargo, al depender la vida de la antigua alianza entre naturaleza y trabajo, sin los excedentes producto de la industrialización en los que vivimos hoy en día, era muy fácil que una de las dos partes de la alianza se perturbara, pasando fácilmente de la abundancia a la precariedad, del festín al hambre.

Entre las perturbaciones de la alianza pueden contarse aquellas relacionadas con el clima, a pesar de no contar con estaciones propiamente, por encontrarse en el trópico, el clima en esas montañas tiene sus caprichos, por usar alguna expresión; caprichos que en

cuestión de una noche son capaces de destruir las esperadas cosechas en las que se ha trabajado por meses, caprichos que inundan los campos, caprichos... En fin, cuando se depende de manera directa de la naturaleza, cuando la vida humana depende del cuidado y la suerte que corra la vida vegetal y animal, las inclemencias de la naturaleza no pueden simplemente omitirse, por ello, trato de nombrar algunas, para que más adelante el lector pueda comprender la forma de habitar y las dificultades que enfrentan esos artesanos que por materia prima han decidido labrar el paisaje: los campesinos.

Ahora pasemos, pues, a narrar la otra parte de la alianza, la transformación de la naturaleza por el trabajo realizado por el campesino. Los tiempos que aquí narró no conocieron derechos del niño, ni la categoría de tránsito llamada adolescencia y muchos menos esa categoría del disfrute, la exploración y la preparación para la vida llamada juventud. He dicho, en repetidas ocasiones que el número de hermanos de la Flor del Alba era importante, creo que es el momento de contar las razones. Si la abundancia o la penuria dependía de esa alianza hombre y naturaleza, de la danza entre los dos para dar la alegría de la cosecha, en tiempos en que los excedentes de producción, para este caso los frutos de la tierra, eran casi nulos; la fuerza de trabajo importa, es más, es tan fundamental que, acorde con los caprichos de la naturaleza, marca la diferencia entre la vida y la muerte.

Las tierras a las que hago referencia, a diferencia de otras regiones del país con tendencia esclavista, deben su pujanza en su mayoría al trabajo familiar; de allí que para los campesinos el nacimiento de sus hijos, no solo representa la alegría de la vida que llega al mundo, sino el don de un par de manos para trabajar. Entre más hijos se tiene se cuenta con mayores posibilidades de “progresar.” En una economía como la descrita, en la que se depende enteramente de los frutos producidos por labrar la tierra, la manos importan; me cuenta mi madre, una de las hijas mayores, que su hermano mayor, siendo apenas un niño que no pasaba los siete u ocho años de edad, el abuelo lo llamaba y le media la cubierta al cinto y decía ufanándose “este muchacho ya está en edad de trabajar;” Aclaro para quien no se encuentre familiarizado con este lenguaje, cubierta al cinto, hace referencia al estuche en la cintura del niño, donde se guarda el machete, la principal herramienta para los campesinos de la región, tanto para la paz como para la guerra, para cortar la mata de plátano para alimentar la familia, como para cortar la cabeza del contrincante que lleva camisa de otro color, en un país con una larga historia de violencia política desde su independencia, la cual sigue sin cesar.

La Flor del Alba, conoció el amor o algo parecido a través de un hombre mucho mayor que ella; en aquella época los niños, que representaban bocas que alimentar, rápidamente se veían en la obligación de hacerse hombres, como ya he dicho no se conocía esas etapas intermedias de adolescencia y juventud que median hoy en día con la adultez, por el contrario se pasaba de un día para otro de la infancia a la adultez, con las cargas de la vida y el trabajo que hoy son exclusivas de la gente mayor, eso para el caso de los niños cuyas fisionomías pronto se veían endurecidas por el trabajo, arduo y duro de labrar la tierra, lo cual implicaba que a edades muy tempranas, no superiores a los 12 y 13 años ya pudieran ser llamados “hombres.” Después de un par de años de trabajo duro, aportando a la economía familiar, buscaban con quien contraer matrimonio, en ese momento cuando la familia contaba con tierra se le otorgaba una parcela, acompañada de un espacio para construir su hogar; cuando la familia no contaba con tierra suficiente para heredar, en una región donde la distribución de la tierra ha sido un problema central por el que los hombres hoy en día se siguen matando; el campesino se veía obligado a trabajar al jornal en las haciendas vecinas para ganarse el bocado de pan.

Para el caso de las mujeres, como antes he mencionado, en un siglo plagado por el machismo, donde aún carecían de casi todos los derechos y se encontraban bajo “responsabilidad” de sus familiares y después de sus “maridos,” la realidad se mostraba mucho peor. Al igual que para los niños, las niñas no conocieron esa etapa plagada de juegos y fantasías que se encuentran a medio camino con la adultez, pasaban de un día para otro de niña a mujer. En ese salto de la infancia a la adultez, las niñas se encontraban con el prejuicio de la cultura acerca de ser destinadas al trabajo doméstico, que en términos más “románticos” se ponía como el designio de ser las cuidadoras del hogar. Si los niños a temprana edad se veían en la obligación de trabajar el campo, las niñas se veían obligadas al cuidado del hogar; de allí, que el primer destino al que parecían condenadas fuese la cocina, labor que a pesar de ser vital para el mantenimiento de toda la familia, de la comunidad, se encontraba subvalorada, de allí que fuera casi nula la posibilidad de remuneración; implicando, a su vez, un doble juego de la dominación: por una parte las recluía a un espacio privado, limitando su participación en lo público, con ello valga decir, su participación en la política entendida como una forma de pensar, sentir y contribuir a las formas en que habitamos juntos; ya que ese espacio privado de la cocina, aparecía a su vez, como un espacio

privativo de la palabra; no quiero decir con ello, que en la cocina no se hablase, ni mucho menos, a lo que intento referirme es que lo que allí se hablaba era algo considerado chisme, sin importancia, sin validez para regir afuera, en lo público, en la sociedad. Por otra parte, ese espacio privado, valga la redundancia, privaba, además de la palabra, de las posibilidades de autonomía, ya que se encontraba sujeto a que fuese el hombre el encargado de proveerlo, lo que limitaba aún más la esfera de acción de la mujer. Lo privado en la vida de La Flor del Alba se expresa de un lado limitando la posibilidad asociativa, de hacer cosas juntas, que es quizá el centro del pensamiento de la política y, por otro lado, condena al ciclo repetitivo de la labor, vital para la conservación de la vida, pero en la que poco se expresa la esfera pública, la posibilidad de la “libertad.” Pero, continuemos con el relato, permitiendo que la vida hable por sí misma, sin que la carga del concepto nos limite el intento de capturar la realidad.

Continuemos, pues, con el relato de la vida de La Flor del Alba; en cumplimiento del designio que deparaba el destino para ella, similar al de todas sus hermanas, La Flor contrajo matrimonio con un hombre con casi el doble de edad que ella, quien apenas contaba con poco más de veinte años y que a pesar de los duros trabajos que tenía que realizar en la finca de sus padres, aun contaba con la inocencia de una niña. Debido a las distancias, o quizá un cierto desinterés, quien se convertiría en su esposo había realizado visitas ocasionales a la finca, no más de cinco durante los tres últimos años hasta el día de su matrimonio; esas visitas, irrisorias, si las comparamos con la actualidad y, más irrisorias aún, si las comparamos con el tiempo que se tarda en conocer a alguien, le parecieron a su padre suficientes para comprender que entre su niña y el hombre que la visitaba existía un interés, por lo cual no dudo en sentarse con aquel hombre para tener la conversación que determinaría el resto de sus vidas, la conversación acerca de los preparativos, que se resumían en poner una fecha para el matrimonio.

Sin mayores dilaciones, en un compromiso que parecía más un negocio entre hombres, que un ritual sagrado, La Flor del Alba se unió en matrimonio con José; del matrimonio no diremos mucho, porque a diferencia de aquellos familiares que contaban entre los dones que les había dado la vida el don de la riqueza y, por ello, realizaban bodas pomposas a las que asistía todo el pueblo; la suya fue todo lo contrario, por únicos asistentes se contaron al cura, que oficiaría la ceremonia, y los testigos que darían fe en la tierra de que se había realizado; el matrimonio tuvo lugar en la mañana,

misma mañana que tomaron camino para su tierra, sin celebraciones, a levantar su rancho y sembrar sus cultivos.

Cuando el padre de La Flor decidió entregarla en matrimonio, no lo hizo pensando en la riqueza del pretendiente, pues, realmente el futuro marido era un desheredado, del que podían decirse muchas cosas menos que tuviera dinero o propiedades; sin embargo, la decisión estuvo mediada por un valor que en aquellas tierras era un bien mucho máspreciado, un valor, que a mi parecer es una condena, y que por tradición familiar se me intentó imponer tanto para mi vida, como para medir la vida de los demás, ya que para ellos era central en su cultura, él le entregó al desheredado su hija en matrimonio porque José era muy “trabajador” y para ellos quizá no había fortuna mayor. Tanto así, que su fama de hombre muy trabajador le permitió que el suegro no solo le entregara a su hija en sagrado matrimonio, sino que también le dio un pedazo de tierra para levantar su casa y sembrar la tierra, que sería su medio de vida.

De aquel pedazo de tierra, en el que viviría La Flor del Alba, que ya había cambiado su apellido por el mismo de su marido, como si de una propiedad se tratara, ahora su bello nombre se manchaba con un “de Orozco”; supe muchas cosas y a la vez muy pocas; supe que le decían “Cajones” pero no supe si ellos la habían bautizado así o simplemente prefirieron aceptar el nombre que otros le habían dado por quedar en medio de las montañas, como si aquel lugar estuviera guardado en un cajón. No quiero alargar la historia con detalles inútiles, que aunque son fundamentales para la vida, no nos permiten ahondar en los objetivos de esta tesis; por tanto de “Cajones” esa tierra prometida, donde La Flor iniciaba una nueva vida, solo diré que a fuerza del destino supo allí para qué era que la gente se casaba, hasta tal punto era su inocencia florecida en las montañas.

Del matrimonio vendrían cada uno a su tiempo, más de catorce hijos, de los cuales un par no superaría la infancia; parecían condenados a seguir los hilos inexorables del destino, los hombres a labrar la tierra, las mujeres a cuidar del hogar; pero, incluso aquello que parece más firme como la historia de los hombres, que tantos intentan vanamente cambiar, llega un día en el que se rompe y todo parece tomar otro rumbo. Sin embargo, no nos adelantemos a los hechos.

Los primeros años del matrimonio, transcurrieron en el campo, la finca daba los frutos de la tierra que sería el alimento de la familia, los hijos que empezaban a crecer

poco a poco se iban involucrando a las actividades del campo, mientras las hijas se iban involucrando a las tareas del hogar, principalmente aquellas actividades que tenían que ver con los alimentos y que de manera genérica narra La Flor como el hecho de “despachar a los trabajadores.” Para aquellos días, que la familia empezaba a crecer, los hijos se veían como una fortuna, pues implicaban a su vez mano de obra futura para apoyar en la manutención del hogar. En términos generales las familias eran grandes y, al menos en esta región, parecían ser la base de la economía, pues, se producía principalmente para su sustento y cada finca representaba sus medios de vida, a diferencia de la actualidad donde la producción parece enfocarse principalmente en las lógicas del mercado.

Hasta este punto la vida de La Flor del Alba y su familia transcurría más o menos apacible, se entregaban a los trabajos del campo y de allí obtenían su sustento, pero aparecería en aquellas tierras un fenómeno que cambiaría para siempre el rumbo de la vida de sus habitantes: La violencia y sus despojos. Aquellas tierras, que antes representaban los medios de vida de muchas familias, se empezaron a llenar de grupos armados; algunos en nombre de la revolución, otros, en nombre de conservar el orden y mantener sus propiedades y así sucesivamente, cada sector de la población parecía encontrar razones fundamentales para justificar o defender sus intereses por medio de las armas, siendo así como sin darse cuenta, la vida de La Flor quedó en medio de una guerra, en la que ella no tenía ningún interés, más que el de preservar su vida y la de su familia.

Fue así como una mañana, en medio de una guerra que tocaba las puertas de su casa, pasaron de ser campesinos a integrar la larga lista de población que se veía obligada a abandonar sus hogares bajo el rótulo de desplazados, dejando atrás su pasado, sus animales, su vida tal como la conocían; pero, fundamentalmente se vieron obligados a abandonar sus medios de vida, la tierra que durante tantos años les había dado el sustento. La Flor del Alba sin culpa alguna, por una guerra que era de otros, se convirtió en un Eva expulsada de su finca, de su pequeño paraíso. En adelante, los medios de vida que parecían un regalo de la naturaleza tendrían que buscarse en el mercado; primero en la venta del propio cuerpo, como mano de obra, y después en la compra con el “sudor de su frente” de aquellos medios para preservar su vida.

La familia de La Flor en su travesía, en busca de una tierra prometida, donde sus oídos no fuesen aturcidos por la guerra, dejaba de ser campesina capaz de labrar su propio terruño, para convertirse en jornaleros, trabajadores a sueldo de una tierra que no les pertenecía. Después de ese primer destierro todo lo que había regido sus vidas se transformaba, se transformaba con tal violencia, con tanta dureza, que no alcanzó a concebir la fortaleza que tuvieron aquellos seres, para mantenerse en pie en un mundo que se desmoronaba a su alrededor.

Durante los años anteriores al desplazamiento, cada hijo que llegaba a la familia de La Flor parecía una bendición y hasta en la sabiduría popular se afirmaba que “cada niño llegaba con el pan bajo el brazo,” pues, como ya he señalado en esa primera relación con la naturaleza, que se transformaba en alimentos, no faltaban ni el trabajo ni el pan para cada uno de sus integrantes, como todo lo daba la tierra nada tenía que ser comprado. Debido a que en la finca siempre había algo que hacer, ya fueran los cuidados del hogar, ya fuera labrando la tierra o cuidando de los animales, la familia no conocía la desocupación, el desempleo o cualquiera de esas problemáticas que hoy aquejan la vida de la ciudad, fue después del destierro cuando por primera vez tuvieron que plantearse la pregunta ¿Qué vamos a hacer? Que de algún modo se traducía en una pregunta por la totalidad de la vida, en una pregunta que tenía un aire más de lamento que de búsqueda ¿Quién o qué nos dará los medios para vivir que por tantos años nos dio nuestra tierra?

Con los hijos más grandes, aun siendo niños, con un par de hijos que aún no podían “valerse” por sí mismos, pues, no habían dado todavía sus primeros pasos, cargados en un canasto o en los brazos de alguno de los hermanos mayores, salieron de su tierra, guiados por la pregunta lamento, la pregunta búsqueda ¿dónde y de qué vamos a vivir?

Fue en ese peregrinaje, buscando un lugar en el mundo, un sustento, donde la familia de La Flor, conoció por vez primera el hambre, si bien sería faltar a la verdad afirmar que antes del desplazamiento se tenía una vida llena de lujos, cosa que no pasaba, al menos aquellas tierras nunca habían dejado faltar el alimento; alimento que, según La Flor, por su abundancia nunca se le negó a propios ni a forasteros, en un mundo en que las cosas tenían un valor para la vida y no un valor para el mercado, a ella le parecía imposible que alguien padeciera hambre; de allí, que esa generosidad con los alimentos que traía de aquellas montañas, se viniera consigo hasta la ciudad, en su casa nunca se le

negaría un plato de comida a nadie, todo se compartía como una especie de añoranza de aquellos días en que todo abundaba.

Después de verse obligados a abandonar su tierra, situaciones que antes parecían naturales al ciclo de la vida, empezaron a volverse problemáticas, pero la que representó una mayor ruptura para la familia de La Flor, se encuentra relacionada con el trabajo, por primera vez sus integrantes se veían obligados a “buscar” trabajo. Como era una familia de campesinos, que a fuerza de la vida habían aprendido por oficio las labores de la tierra, durante el proceso de destierro, buscaron trabajo en fincas al jornal; implicando que el ritmo del trabajo ya no lo marcará los ritmos de la naturaleza, sino los ritmos del patrón dictados por la competitividad en el mercado.

Durante el tiempo de trabajo al jornal, en fincas o haciendas ajenas, la familia no tardó en darse cuenta que al tener que comprarlo todo, el dinero no alcanzaba para nada; ya no tenían las matas de plátano, ni los cultivos de frijol o los demás frutos que daba su tierra, ahora todo lo que llegaba hasta su casa llegaba a través del mercado, mercado que empezaba a mostrar su despotismo, pues, solo come quien tenga con qué pagar. Para una familia abundante como la de La Flor, las bocas eran muy superiores al jornal que saciaría su hambre, sentían que después del destierro el nudo que llevaban en el cuello se apretaba más y más, por lo que cada día tenían que luchar con más ahínco para no dejarse asfixiar.

Fue en esa lucha por sobrevivir, de jornales con los que no se alcanzaba a llegar a lo básico, con un trabajo que se empezaba a medir por horas, marcado por sacar el máximo provecho de cada empleado o, si se quiere, en términos más acordes por sacar el máximo de productividad a cada vida; en esa lucha, donde el tiempo de la vida se esfumaba para preponderar el tiempo del trabajo y su disciplina; en esa lucha por conservar sus vidas en medio de la precariedad y el hambre, apareció para la familia de La Flor un nuevo sueño, el de la tierra prometida.

Cansados de la guerra en el campo que los había expulsado de su paraíso; agotados del trabajo al jornal que no alcanza a menguar el hambre de todos los integrantes de la familia, aparece en el horizonte un nuevo sueño, sueño que a la vez implica una nueva renuncia, abandonar la vida en el campo, renunciar a todo lo que habían sido hasta el momento: campesinos, para iniciar una nueva vida. Ya desprovistos de medios de vida, sin cosas materiales para dejar atrás, pues, ya tiempo antes se las había quedado la

guerra; La Flor del Alba abandonó para siempre esas montañas, esa vida en el campo y, con toda su familia, “migraron” a la ciudad, en busca de la promesa de progreso, de un lugar donde no les fuera negado el pan, en busca de la tierra prometida, en adelante no serán más campesinos, tendrán que inventarse una nueva forma de vida, tendrán que volver a nacer para adaptarse a la ciudad.

María. “Historia de la explotación”

Cuando la familia de La Flor del Alba arribó a la ciudad, eran once los hijos; para ese momento habían muerto dos recién nacidos y aunque todos ignoraban las razones de los decesos, cargaban con cierta culpa por su muerte, pues, de qué podían ser culpables aquellas pequeñas criaturas para tener que irse apenas llegando al mundo; sin embargo, en el vientre de La Flor se albergaba otro retoño, que solo conocería las historias del campo a través de los relatos familiares, ya no contaría con la dicha –o la desdicha según se mire- de haber nacido sobre esas montañas, de ser un campesino.

Los preparativos para que la familia llegará a la ciudad los realizó una hermana de La Flor, quien había emprendido el camino un par de años antes; fue ella quien les ayudó a ubicarse en un mundo que parecía acabado de inventar, pues, para ellos todo era novedad; fue ella, también, quien les ayudó a calmar el hambre y les enseñó a sobrevivir en esa jungla gris a la que la vida los enfrentaba. Fue así como los desterrados empezaron a ganar un lugar en la ciudad, hacinados en una pequeña casa en arriendo y, posteriormente, usando sus fuerzas para levantar una propia en las laderas de la ciudad, que empezaban a ser “invadidas” por los desheredados del campo y la ciudad, quienes se reunían allí para construir, para luchar, para hacerse un espacio en el mundo.

Como todo era nuevo para ellos, después de renunciar a su vida de campesinos, tuvieron que inventarse a sí mismos y empezaron por inventarse un oficio, algo de lo que vivir. En aquellos años La Flor del Alba se vio obligada a realizar diversos “trabajos”, los cuales alternaba con el cuidado de sus hijos y las labores del hogar; entre los oficios que desempeñó por aquel tiempo para ganarse el sustento se cuenta, el de lavar ropa, el cual actualmente ya casi no se emplea dado el auge y la generalización de las máquinas lavadoras; el de cuidar los niños de las vecinas, haciendo las veces de guardería; y, cuando después de mucho esfuerzo pudo reunir algunos ahorros para comprar un fogón, el primer capital que tendría la familia en la ciudad, se dedicó a la venta de arepas. Mientras tanto, su esposo, también se desempeñaba en los más variados oficios, que iban desde el trabajo al jornal en fincas aledañas a la ciudad, ciudad que apenas empezaba a crecer y que creció, y creció, hasta que dichas fincas dejaron de existir, poco a poco se fueron borrando con el verde del paisaje, para ser sustituidas por

el gris del cemento; también, se desempeñó como vigilante, en oficios de construcción... En fin, la lista de los trabajos es extensa, como lo es la familia por la que debían velar, así que había que hacer de todo, o como ellos mismos declararían, la vida se tenía que rebuscar, es decir, realizar cualquier oficio que les permitiera regresar a casa con el pan para su familia.

Fue así, haciendo lo que pudieran hacer, en una ciudad donde como La Flor señala “todo se tiene que comprar, hasta el agua con la que uno se va a bañar,” como transcurrieron los años, con la esperanza siempre puesta en que esta tierra prometida les concediera a los hijos que iban creciendo una suerte mejor, un futuro soñado, una vida sin los padecimientos que ellos habían tenido que encarnar.

Quisiera contar la historia de todos los hijos de La Flor del Alba, pero por asuntos prácticos, me veré obligado a narrar la historia de solo una de sus hijas, aunque vale la pena aclarar que dicha historia, en cierto sentido enlaza una realidad, más o menos, similar a la de todos sus hermanos; así como la vida de La Flor se parece, más o menos, a la de las mujeres del campo que se vieron obligadas a abandonar sus tierras, a inventarse una vida, un oficio, una forma de habitar en la ciudad, bajo el aturdidor rumor del siglo XX.

Por motivos religiosos, costumbre de aquella época, casi todas las hijas que tuvo la Flor, llevaron por primer nombre María; así como muchos de sus hijos, por motivos similares y para continuar el legado del nombre del padre, llevaron por primer nombre José; A casi todas las hijas, ese apelativo de María les fue común y para diferenciarlas se les añadía un segundo nombre, fue así como fueron llegando al mundo María Cecilia, María Elsy, María Teresa, María Leonisa... Una infinidad de Marías que parecían, al menos por el nombre, enviadas a la tierra a realizar un designio de dios. Quiero que sepa, pues, el lector, que una de esas Marías, que no fue concebida por el espíritu santo, pero si padeció las consecuencias del destierro de dios, es mi madre.

María, mi madre, por ser una de las hijas mayores alcanzó a nacer en el campo, antes del destierro obligado por la pobreza y la violencia que durante aquellos años asolaba la ruralidad del país; en el campo aprendió algunas cosas que le serían fundamentales para habitar posteriormente la ciudad, donde ella, como el resto de su familia, tendría que inventarse la vida. María siempre tuvo entre las prioridades la educación de sus hijos, nos hizo sentir que era necesaria y que solo por medio de ella y

del trabajo duro nuestra vida podía ser mejor; por eso lo primero que le pregunto es ¿Cómo aprendió a leer? Y ella, con ese acento paisa que tanto la caracteriza, al igual que sus respuestas enigmáticas, me contesta: “Yo aprendí a leer de milagro.” Pero ¿Cuál es ese milagro al que ella se refiere? Me dice que cuando vivía en la finca, en medio de las montañas antioqueñas, ocasionalmente iba a la escuela, según su propio relato, iban tan pocos días del año que resulta imposible explicar cómo llegaban a aprender alguna cosa.

Pero ¿por qué ella y sus hermanos fueron tan poco a la escuela? La explicación es más compleja de lo que pueda parecer, por una parte la escuela quedaba demasiado lejos y era difícil llegar hasta allá y como todos estaban ocupados trabajando, los niños apoyando los oficios del campo y las niñas los del hogar, que eran para ellos cosas más importantes que la educación, casi ninguno sentía que tenía el tiempo y la necesidad de asistir; además, en la finca en aquellos tiempos se pensaba que la educación carecía de sentido, que era para otro tipo de gente, que no servía para nada, que no se podía utilizar; también, otra de las razones, me narra María, tenía que ver con el machismo de su padre, quien en varias ocasiones les manifestó a sus hijas que las mujeres no tenían nada que hacer por allá, pues, bajo su pensamiento creía que las mujeres son para el hogar y entre menos cosas del mundo aprendan, entre menos “mañas” tengan, es mucho mejor. Un pensamiento similar, plagado de machismo, manifestaría a la hora que sus hijas quisieron trabajar fuera del hogar, argumentando que las mujeres pertenecían a la casa y que en la calle no tenían nada que buscar. Afortunadamente María y sus hermanas se revelarían a estas imposiciones en la ciudad, saliendo a la calle, a lo público a inventarse el mundo. Sin embargo, al llegar a la ciudad, entre batallas con su marido por la forma de pensar, La Flor del Alba se esmeró porque sus hijos fueran a la escuela, sin importar que muchos de ellos ya fueran demasiado grandes para asistir; la escuela, según el relato de María, no era como ahora, pues, ella y la mayoría de sus compañeros ya habían dejado de ser niños cuando pudieron ir con regularidad.

A estas alturas se preguntará el lector ¿Por qué si pretendo narrar una historia del trabajo, a la luz de la vida de María, he empezado por tratar el tema de la educación? La respuesta será lacónica, con la esperanza de que la vida de María la vaya desarrollando, simplemente porque las posibilidades de educación acabarían determinando las posibilidades de desempeñar un oficio, una labor, en la ciudad. Pero,

como de lo que se trata es de construir el relato, de ir narrando los conceptos a la luz de la vida, no nos adelantemos a las conclusiones.

En los primeros recuerdos de María se encuentra la vida en el campo, una vida que empezaba con los primeros rayos de sol y terminaba cuando empezaba a oscurecer, una vida que ante la falta de energía eléctrica u otras formas de luz artificial, era la naturaleza quien iba imponiendo sus ritmos, se aprovechaba la luz del día para trabajar y cuando entraba la noche la vida se apagaba con el mundo, aprovechando para descansar. En esos primeros recuerdos se encuentra una naturaleza bondadosa, de ella dependen las cosechas, el agua, la vida y su abundancia; pero, también, una naturaleza hostil, capaz de arrasarse con todo, de llevarse las cosechas en las temporadas de lluvia, una naturaleza que con la misma bondad que daba podía de un momento a otro mostrar su fiereza trayendo la escasez, la hambruna. Una naturaleza que los campesinos habían aprendido a conocer, a la que habían aprendido adaptar sus vidas.

Es, también, en esos primeros recuerdos de una infancia ya lejana, una infancia que por el modo en que se presentaba quizá ni merezca llamarse así, donde aparecieron sus primeros trabajos; María, por ser una de las hijas mayores, fue, a su vez, una de las que primero se vio obligada a pasar de la infancia a la adultez, paso que, como ya antes he mencionado, se hacía sin ninguna mediación, sin ninguno de esos caprichos que aparecen en la adolescencia o, posteriormente, en la juventud.

Entre esos primeros recuerdos, recuerdos infantiles narrados por una mujer sin niñez, no puede hallarse un solo momento que no se asocie a la labor, al trabajo; ya en los primeros días de la infancia, por ser la mayor en una familia que presenciaba un nacimiento cada año, tuvo que hacer las veces de niñera, cuidando a los hermanitos que apenas iban llegando al mundo, mientras su madre se encontraba en dieta. María, la niña, no conoció los juegos de muñecas, con los que usualmente se entretienen las pequeñas de su edad, a cambio fue viendo nacer a sus hermanos menores, en vez de pañales imaginados, prontamente tuvo que lavar y limpiar los de verdad.

Entre esos mismos recuerdos de la infancia, cuando María no había llegado a la edad de diez de años, se vio obligada a aprender los oficios del hogar, aunque apenas le daban las fuerzas para levantar las ollas y juntar un fogón de leña para hacer la comida de los trabajadores, María ya se veía obligada a realizar dichas actividades; ella, apenas siendo una niña, ya se encargaba de velar por su madre, quien por los embarazos de sus

hermanos debía guardar reposo; ella, en esos días de infancia, ya asumía las tareas de las que se encargan los adultos: cuidar de sus hermanos, preparar la comida para su familia y para los demás trabajadores que hubiera en la finca; ella, aun siendo una niña, tenía que encargarse de esos trabajos, mientras, a su vez, sus hermanos aun siendo niños desempeñaban ya las labores que desempeñan los hombres, los adultos en el campo.

Tal vez el lector al mirar la vida de María, la vida de sus hermanos, pueda culpar a la familia de maltrato, de explotación infantil; sin embargo, así se presentaba la vida en aquellos tiempos, eso era lo normal, así era la manera como las familias habían aprendido a sobrevivir; ante la falta de recursos todos los integrantes de la familia tenían que apoyar en las labores. De allí, que quizá la mejor manera de acercarnos a la vida de María sea por medio de la canción de Calle 13, llamada *La Perla*, donde en uno de sus fragmentos se escucha: “En casa de pobre hasta el que es feto trabaja,” tal cual fue la vida de las Marías, sobre todo de aquella María que más tarde sería mi madre.

Cuando su familia se vio obligada a abandonar el campo, como ya hemos narrado en la vida de La Flor del Alba, María contaba ya con catorce años de edad al llegar a la ciudad, apenas medio sabía deletrear debido a los pocos días que había asistido a la escuela y tenía una idea muy vaga de los números, de sumar y restar; fue, también, por estos días en que por primera vez pudo asistir a la escuela con regularidad, aunque ello no duraría por mucho tiempo, ya que acosada por las penurias en que vivía su familia pronto se vería obligada a abandonar la escuela para apoyar a su familia en el sostenimiento del hogar.

El primer trabajo de María, al menos de manera oficial y remunerada, porque como puede verse ella estuvo debido a las circunstancias obligada toda su vida a laborar, llegó con la ayuda de su tía, la misma tía que había apoyado a toda la familia para que se estableciera en la ciudad; Herminia, tal era el nombre de esa tía, que más que tía fue para toda su familia un ángel, una santa que lamentablemente se nos quedó sin canonizar, pero porque estábamos muy ocupados para hacer trámites ante la iglesia, porque los méritos los tuvo, en medio de un país corroído por la violencia, un país que con la más atroz violencia la había echado del campo, un país fiera que destrozaba todo a su paso; ella decidió practicar el amor y la bondad, a ella le debemos en gran parte el milagro de con el tiempo haber podido llevar una vida en paz.

Pero, volvamos al tema, les decía que el primer trabajo de María, se lo había ayudado a conseguir su tía, que al ver en la niña la tenacidad, los esfuerzos que hacía por su familia, tomo la decisión de apoyarla; La tía, que llevaba ya un par de años en la ciudad, se había desempeñado de cuidadora en la casa de una de las familias más prosperas de la ciudad, allí se encargaba de los cuidados de los niños y de algunas de las labores del hogar; en esa casa el corazón dulce de la tía se había ganado un lugar, no como la empleada que era, sino un lugar como una integrante más de la familia, alguien que con su amor, incluso más que con su trabajo, se vuelve el cimiento, la piedra capaz de transformar una casa cualquiera en un hogar; de un día para otro esa tía que había migrado del campo, se había convertido en la tía de una familia prospera, de una nueva familia que vería crecer, de una familia que acompañó en el proceso en que los niños se hicieron hombres, padres e incluso abuelos; de una familia en que las mujeres se hicieron madres y aprendieron de ella a cuidar a sus hijos, de una familia que la acompañaría a ella en su vejez y que como la suya propia la recordaría por siempre y la lloraría en su tumba.

Fue en esa familia, que años antes había adoptado a su tía, donde María inició su vida laboral, al menos de forma oficial, porque como ya se ha podido notar ya se había iniciado en los trabajos del hogar muchos años atrás; aunque, cabe anotar, que lo que cambiaba ahora es que por primera vez su trabajo era remunerado económicamente, por primera vez tenía un salario. Las actividades que realizaba en ese primer trabajo eran muy similares a las que estaba acostumbrada a hacer en su hogar: ordenar la casa, realizar la comida, lavar y planchar ropa, entre otras actividades que se han considerado de manera general como actividades del “servicio doméstico”. Durante sus labores allí, María era considerada una especie de aprendiz, debido a que aún no cumplía la mayoría de edad, por lo cual su trabajo no era bien remunerado, se le pagaba un salario muy inferior al que recibían las otras trabajadoras de la casa por realizar una tarea similar; sin embargo, María aguantaba con resignación, esperando cumplir la mayoría de edad que le permitiera buscarse un trabajo con mejores condiciones.

Como ya he mencionado, los estudios de María fueron pocos, ya que durante el tiempo en que vivió en el campo solo pudo asistir a la escuela ocasionalmente y después, en la ciudad, cuando al fin pudo asistir con regularidad, rápidamente tuvo que abandonar sus estudios para integrarse en el mundo laboral y apoyar al sostenimiento de su hogar; por ello, durante el tiempo que trabajó en el servicio doméstico, en aquella

casa a la que la había llevado su tía, María se esmeró en aprender un oficio, un arte para defenderse en la vida; fue así, como alterno el tiempo de trabajo con clases de maquina plana, las cuales le permitirían buscar trabajo en las fábricas de la ciudad, una vez cumpliera su mayoría de edad.

Los tiempos en que María llegaría a la mayoría de edad, coincidieron con el momento, en su vida personal, que había finalizado sus clases de maquina plana y otros aparatos usados para la confección de prendas de vestir; además, de coincidir, con el momento en la historia de la ciudad, en que se encontraban en auge las fábricas de confección; por tales razones le fue fácil conseguir trabajo en una de estas fábricas e iniciar así una nueva etapa de su vida laboral.

Quizá por venir del campo, quizá por no haber pasado el suficientemente tiempo en la escuela para domesticar su cuerpo a estar sentado por horas, a realizar una misma actividad, lo más extraño para María era la rigidez del horario de la fábrica, antes todo era aproximado, por lo que se podía prescindir del reloj, ahora resultaba imposible una vida sin él, todo el tiempo adquiría una nueva forma, todo se medía, el tiempo de la vida, el tiempo de la labor, el tiempo de descanso, el tiempo que tarda en llegar el bus para ir a trabajar y entre tantas medidas en las que se distribuyó el tiempo, se fue quedando poco a poco María sin tiempo para vivir, el cual había sido reemplazado por el tiempo para producir, en el que se veía obligada a agotar sus mejores fuerzas, su mejor disposición, para poder sobrevivir en esa selva llamada ciudad.

Acostumbrada a las duras jornadas del campo, que iniciaban con los primeros rayos de sol, no le fue difícil acostumbrarse a la disciplina de la fábrica, con sus horarios rígidos, con su control; pronto tuvo que ver cómo su vida ya no era ordenada por los ritmos de la naturaleza, por el sol que brindaba la luz para las actividades y la noche que brindaba el sosiego para el descanso, ya no era el cantar del gallo quien anunciaba el amanecer sino el sonido aturdidor de un reloj despertador, ya no era la naturaleza en su eterna sabiduría sino el tiempo de la fábrica, el tiempo del trabajo, el que imponía el orden de los días.

Por la forma en que se presentaba el trabajo en la fábrica, donde cada persona se encargaba de una parte del proceso, en cadena, para que la otra lo fuera

complementando hasta llegar a confeccionar la prenda final, más valía que ninguna de las partes se fuera retrasar, retrasando con ello todo el proceso, por lo que la disciplina del tiempo, su control, se imponía con tanto rigor. Por ello, para que María pudiera responder a dicho control, tenía que hacer mil maromas, ganarle mil batallas al día para poder llegar a tiempo; como en aquellos años, las laderas de los alrededores de la ciudad, que con el tiempo se volverían los barrios periféricos, los del margen, apenas se empezaban a llenar de “invasores,” el transporte aparecía como la primer batalla a disputar, por lo que a las cuatro de la mañana salía de su casa, por un camino oscuro, lleno de barro, hasta el lugar de donde partía el primer bus que la acercaba un poco, para después continuar su camino a pie, hasta el lugar donde iba a trabajar. Ese recorrido, a ratos en bus y otros a pie, lo tenía que hacer a diario, casi dos horas para ir, otro tanto para volver, más la jornada de trabajo que en la fábrica tenía que pasar.

Así transcurrieron algunos años, todo con el tiempo medido, al igual que los gastos, que había que adaptar a la medida del salario mínimo, mínimo como el tiempo que quedaba para descansar, como el tiempo para dedicar a su propia vida. En una jornada extenuante que se repetía cada día y que con el tiempo aumentaría añadiendo, a tan difícil jornada, las tareas del hogar.

Los tiempos en que María trabajó en las fábricas de confección coinciden con los mejores momentos de esa industria en la ciudad, la cual con los años, después de tan floreciente etapa, quedaría reducida a una que otra fábrica con un par de empleados, casi en la ruina. Pero de esa etapa floreciente, marcada por los contratos indefinidos, las disputas entre las fábricas por la constante necesidad de mano de obra, las horas extras y una que otra bonificación; María empezó a ahorrar, a guardar para el futuro uno que otro peso que le alcanzaba a escurrir a su salario después de haber cubierto sus necesidades básicas.

Durante los casi veinte años que pasaría María como trabajadora en las fábricas de confección pasaron muchas cosas, las cuales alargarían mucho esta narración, por lo que omitiendo la mayoría de ellas, resumiremos las más importantes. A los cuatro años de estar trabajando allí conocería el hombre con el que se casaría, un matrimonio que duraría ocho años para después enfrentar un divorcio, la separación se empezaba a poner de moda en aquella generación, que contrario a la de sus padres ya no creía en el “hasta que la muerte los separe.”

Del matrimonio quedarían dos hijos, un niño y una niña, por los cuales María tenía que velar; quedaría un lote, que pronto se volvería una casa a medio hacer, más lote que casa, que la pareja había comprado e iba construyendo lentamente, ladrillo a ladrillo, con el dinero que antes destinaba a pagar el arriendo. Fue en esa casa donde María pasaría gran parte de su vida, al menos el poco tiempo que le dejaba la fábrica para descansar, allí cuidaría y vería crecer a sus hijos y, sobre todo, allí continuaría ahorrando a la espera de una oportunidad que cambiara el rumbo de su vida.

Cansada de las largas jornadas de la fábrica, de tener que completar con horas extras el dinero necesario para sostener dos hijos, agobiada por no estar cerca de ellos, por el poco tiempo que le quedaba para compartir con su familia; un día decidió llevar a cabo el plan por el que había ahorrado tanto tiempo, por el que se había tenido que abstener de tantas cosas para poder realizarlo: iniciar su propio negocio.

Las posibilidades para iniciar su propio negocio parecían tan bajas, que tomó años para que María se atreviera a intentarlo; por una parte estaban las obligaciones del día a día que nunca faltaban, que no daban tregua; por otra, el saber que estaba sola para responder por ella y sus hijos, que no tenía más apoyo que lo que hiciera con sus propias manos, además, el temor a que el negocio fracasara y perder con él los ahorros de toda la vida... En fin, un montón de ideas pasaban por su cabeza, haciéndola meditar la decisión, detenerse a pensarla; Pero, también, estaban las largas y extenuantes jornadas de la fábrica, el salario que apenas alcanzaba y otro montón de razones que la obligaban a atreverse, a lanzarse al abismo, pues, al fin y al cabo no era para ello que llevaba tanto tiempo preparándose.

Fue así como un día en medio de sentimientos encontrados, entre el temor y la esperanza por lo que deparaba el futuro, María inició su propio negocio; por primera vez en muchos años no tenía un jefe, ella se había convertido en su propia jefa y no fue consigo misma menos exigente que los jefes que había tenido antes; por primera vez era “dueña” de su tiempo, no tenía que marcar tarjeta de entrada en la fábrica, sin embargo, sabía que sin sacrificios era imposible sacar su negocio adelante, por lo que en la práctica trabajaba jornadas más largas que en la misma fábrica, aunque ahora con una esperanza distinta, la de estar invirtiendo en su propio negocio, de estar sembrando los frutos que aspiraba cosechar en el futuro.

Los hijos. “Entre el deber y la desesperanza”

Para que yo conociera a mi madre tuvieron que pasar muchos años, su recuerdo era un fantasma que nos llevaba a la escuela, con los primeros rayos de sol, y que no volvíamos a ver hasta que regresaba a casa en la noche, extenuada por una larga jornada de trabajo. En mis primeros años de vida, la recuerdo trabajando en las fábricas de confección, nos despachaba antes de las seis de la mañana al colegio, a mi hermana y a mí, y no la volvíamos a ver hasta entrada la noche. Después, aprovechando los ahorros que había ido recogiendo a lo largo de los años, inició su propio negocio, con la esperanza de un día poder tener más tiempo libre para dedicar a su familia, pero esa esperanza tardaría mucho en llegar, ya que los primeros años del negocio, mientras empezaba a funcionar a cabalidad, mientras se acreditaba, requería mucho esfuerzo, mucho tiempo para hacerlo rentable.

Así empiezan mis primeros recuerdos, recuerdos de una historia que apenas transcurre, que apenas está siendo. Una historia que pretende ir más allá de lo personal, buscando indagar cómo va apareciendo nuestra sensibilidad, la forma de mirar de una generación. Estamos lejos de las aspiraciones de mi abuelo paterno, quien dedicó su vida laboral a un mismo trabajo, con un contrato indefinido hasta el día en que alcanzó su pensión, pensión que logró obtener cuando aún le quedaban muchos años de vida para disfrutar; nuestra generación por el contrario ha visto como cada año la edad para pensionarse aumenta, hasta el punto que poder obtenerla algún día parece un imposible. Lejos, se encuentra también, la promesa de un trabajo fijo, pues, las continuas reformas laborales, bajo la premisa de la flexibilización laboral, han hecho cada vez más cortos los tiempos de contratación, haciendo que el mundo laboral se muestre cada vez más inestable.

Es difícil contar la propia experiencia frente al trabajo sin que adquiera a la vez un aire de confesión, por lo que intentaré narrar solo aquellos aspectos en los que se puede buscar un puente, un lugar común con el otro. De mi infancia recuerdo los barrios populares, una violencia que nadie entendía, creo que aún sigue sin entenderse muy bien y parece una herencia absurda; también, recuerdo los juegos con los amigos, tener que cuidar a mi hermana mientras mi madre trabajaba, ir a la guardería, ir a la escuela... En

fin, una infancia similar a la que vivían los niños de aquella época en aquellos barrios, en los que como dice el dicho “nacen muchos y se crían pocos,” una infancia que se vivía más en las calles que en la casa.

Cuando empezamos a crecer, esos barrios en los que la niñez se vivía tan feliz, mostraban sus colmillos hacia la adolescencia, pues, dadas las condiciones de vida en las que se encontraban muchas de las familias, para responder a las necesidades económicas, quizá con la esperanza de cambiar el rumbo de la vida, muchos empezaban a coquetear con el delito. En aquellos días entre los barrios de la ciudad se libraba una guerra por el control de las “ollas” y los jóvenes eran sus protagonistas, por lo que muchos con quienes antes había jugado por el barrio terminarían siendo reclutados para ella; por motivos económicos, por ganarse un poco de respeto en un mundo que los había abandonado, por venganzas que se heredaban, porque parecía la única posibilidad de cambiar el rumbo de sus vidas, de ser alguien... En fin, se mezclaban los odios y las razones, o sinrazones, más extrañas para que fueran a matar o morir. Y a pesar que el barrio no tenía cerca, parecía que nos estaba vedado ir más allá, para nosotros el barrio era el mundo, por lo que no debe parecer extraño que se escogiera como camino para hacer dinero los “negocios raros;” en ese mundo habíamos visto a los padres trabajar de sol a sol sin que cambiaran las condiciones, cada día más pobres, mientras aquellos que habían elegido tales caminos parecían progresar rápidamente, por lo que muchos no dudaron en tomar tal decisión, también, valga decir, que para muchos fue su primer trabajo y el último.

Menciono ese mundo de los negocios raros, de las “vueltas”, porque siento que mi generación no fue ajena a ellas, yo mismo en varias ocasiones durante el colegio cuando la situación económica apretaba en la casa, lo consideré como una posibilidad para conseguir recursos, como una posibilidad de trabajo. Sin embargo, por los mil azares que tiene la vida, nunca lleve a cabo dicha posibilidad. Cuando muchos de mis amigos tuvieron que abandonar el colegio para luchar el sustento, ya fuera en la legalidad o la ilegalidad, yo tuve la posibilidad de seguir estudiando y quizá por los sermones que me daba mi madre, de que estudiara para que consiguiera un mejor empleo, para que fuera “alguien”; quizá por ver cómo esas vidas que terminaban en las “vueltas raras” se marchitaban rápidamente o quizá porque tuve la posibilidad de conocer un mundo más allá del barrio que se me hizo fascinante; preferí seguir yendo al colegio.

Durante los años del colegio tuve mis primeros trabajos, el que más recuerdo es el de vendedor de dulces, el cual realizaba antes de iniciar la jornada escolar y en los descansos, y que en varias ocasiones estuvo a punto de costarme la expulsión, ya que dichas ventas se encontraban prohibidas; también, en aquellos años los fines de semana trabaja atendiendo un negocio de videojuegos que era propiedad de un tío. Todo lo hacía pensando que era de manera temporal, mientras terminaba de estudiar para conseguirme un trabajo formal. En aquellos años la educación superior, ir a la universidad, se veía como una posibilidad remota, además, como las necesidades económicas imperaban, no se contaba entre las ilusiones de la mayoría de mis compañeros. Sin embargo, en contra de las posibilidades, en gran parte debido al empeño que puso mi madre, terminé yendo a estudiar a la universidad, y, también, gracias a su empeño en los momentos en que el viento parecía ir en contra, terminé graduándome.

En los primeros años de la universidad desempeñé algunos oficios que se ajustaban mal que bien a los horarios de estudio, aunque por lo general esa flexibilidad para adaptar el horario iba acompañada de salarios muy bajos que a duras penas alcanzaban para lo necesario o, cuando los salarios podían considerarse buenos, eran oficios que solo se podían realizar uno o dos días a la semana, lo que hacía que no representara más que una pequeña parte de los gastos; por lo que aquellos trabajos eran considerados para estudiantes, es decir, trabajos que son transitorios y solo se aceptan en una etapa de la vida, en la que las responsabilidades son con uno, pues, no alcanzarían para el sustento de ninguna familia. En fin, solían ser trabajos temporales, de media jornada o por días de la semana, con los que apenas se satisfacen las necesidades más básicas.

La universidad había representado varios cambios en mi vida, de una parte debido a la carrera que quería, terminé desplazándome por esos años a otra ciudad, lo cual me abría un nuevo abanico de posibilidades, me permitía estar cerca a otras formas de habitar, un poco más sosegadas que las de los barrios a los que estaba acostumbrado, formas de habitar que poco a poco se iban incorporando a mi vida; Por ello, no creo exagerar al decir que en ciertos momentos sentí la universidad como una traición al pasado, como si de un momento a otro se hubiera desviado mi camino por no haber compartido el mismo futuro que tuvieron los seres con que había crecido, como si un eslabón de la cadena se hubiera roto.

Fue, también, durante esos mismos años que el futuro se veía más “esperanzador”, empezaban a hacerse cada vez más generalizados los discursos del emprendimiento, por lo que muchos conocidos se inclinaban por este camino e iniciaban sus negocios, de los cuales pocos pudo contar el futuro como exitosos; también, debido a la masificación de los teléfonos inteligentes y las redes de internet, empezaban a aparecer nuevos oficios que iban desde el callcenter en el que muchos jóvenes trabajan mientras se encontraban estudiando, hasta los de creadores de contenido para las redes sociales, los cuales parecían alcanzar la fama de un momento a otro; todo ello para decir, que las dinámicas del trabajo estaban cambiando y aparecían nuevos oficios, nuevas formas de generar recursos, muchas de ellas a base de la mera especulación.

Hasta que al fin llegó el momento de graduarme, de empezar una nueva etapa de la vida como profesional, de materializar todas esas esperanzas que durante años venía alimentando; cabe decir, que en términos generales, tenía la sensación que gran parte de la vida la determinaba el éxito que se tuviera en el mundo laboral, por lo que parecía normal que la mayoría de personas dedicaran muchos de los esfuerzos de su vida y quizá sus mejores energías al trabajo. Incluso los motivos por los que se trabajaba parecían encontrar otros fundamentos, ya no motivados por las antiguas violencias, que se le imponían al hombre desde fuera, sino por una voz que les venía desde el interior, una conciencia ética, que le hacía creer que en el trabajo podían encontrar su realización.

Sin embargo, todas esas esperanzas frente al trabajo, al confrontarlas con la realidad, se fueron desvaneciendo tras ir chocando con una y otra barrera; en los primeros años el obstáculo para encontrar el trabajo “soñado”, era la experiencia, pues, constituía un requisito básico; por lo que para conseguir dicha experiencia parecía retroceder a la época de la universidad, ya que solo en los empleos temporales, brindaban la oportunidad de adquirirla; en trabajos que en su mayoría tenían una remuneración muy baja, incluso sin tener en cuenta que fuera el trabajo desempeñado por un profesional.

Después de superado el obstáculo de la experiencia me enfrentaba a otro mucho más difícil de superar, ya que atentaba directamente con lo que me había trazado como límites éticos. Me encontraba que a la hora de buscar trabajo importaba más, que las capacidades para desempeñar las labores, la recomendación de alguna persona o como

se diría popularmente primaba más estar en la rosca; por lo general la cuota para este tipo de recomendaciones se pagaba con favores de tipo político o por medio de relaciones personales que tenían las familias.

Una vez superados los obstáculos para conseguir trabajo, comencé a tener mis primeros empleos como profesional; de ellos puedo decir que han tenido varias cosas en común: la primera de ellas es que todos han sido a través de modalidades de contratación a término fijo, por lo que los contratos se realizan por períodos no superiores a cuatro meses, lo que genera por una parte inestabilidad laboral y, por otra, termina generando un control de tipo político en los trabajadores, ello debido a que a pesar de que en ocasiones puedan verse vulnerados derechos laborales es muy difícil que se pueda presentar algún reclamo, alguna acción ante la justicia, ya que al ser los contratos por tiempos tan cortos los empleados prefieren pasarlo por alto, por temor a que su contrato no se vea renovado nuevamente, es decir, termina habiendo un control que va más allá de los límites del trabajo, bajo la “amenaza” de no volver a ser contratado.

Por otra parte, los trabajos que he desempeñado como profesional se han caracterizado por ser contratados bajo la modalidad de prestación de servicios, una modalidad que aparentemente implica ventajas frente al control de los tiempos de ejecución por parte de los empleados, pero que en la práctica dicho control del tiempo termina siendo ilusorio; ilusorio porque a pesar de tener los objetivos, los alcances del contrato, claros; en la práctica acaban existiendo vacíos que permiten extralimitar las funciones, un ejemplo de ello, es que entre los objetivos de los contratos quedan afirmaciones como “apoyar en lo que sea requerido por la empresa,” lo cual si bien no entraña una función en específico deja la puerta abierta a que se puedan solicitar funciones que de una forma o de otra nada tienen que ver con lo contratado.

Por el momento, hasta aquí transcurren estas reflexiones sobre el trabajo, reflexiones que pretenden ir ampliándose, contradiciéndose y hasta negándose a medida que avancen al ritmo de la vida, a la luz de nuestra historia.

Capítulo cuatro: Disertaciones finales. Volver sobre lo pensado

Quiero aprovechar el apartado donde deberían ir las conclusiones para volver sobre lo pensado, no como un saber definitivo, concluso, sino como un saber en proceso de construcción que tiene que volver sobre sí mismo, que tiene que ser capaz de contradecirse, de reconocer el error, como parte constitutiva de su propia búsqueda.

Puede parecer mucho más fácil e incluso más lógico, volver sobre el texto, a la manera como lo haría un editor e ir borrando todas las afirmaciones, sobre todo en lo teórico y en lo metodológico, que se consideren que ya no tienen cabida o las cuales a pesar de presentarse como una meta a la cual se dirigía la investigación y que nunca encontraron su desarrollo, o se desarrollaron de manera contraria a la propuesta. No realizó dicho proceso de ir borrando lo que aparentemente ya no tiene cabida o incluso lo que tomó caminos contrarios a los propuestos, porque la consideró una actitud contraria al desarrollo del pensamiento, contraria al desarrollo de la fuerza del rumor; la cual puede servir para entregar obras compactas, aparentemente sólidas, pero que poco sirven en los procesos de aprendizaje, pues no puede emerger un saber que no sea capaz de cuestionarse a sí mismo, de dar cuenta de sus errores. Es precisamente eso lo que pretendo realizar en los siguientes fragmentos, volver sobre lo pensado, volver sobre el error, con la esperanza un poco vaga de que en este volver pueda ir encontrándose, aclarándose, cada vez más la forma de proceder para investigaciones futuras.

I

Quiero volver sobre la crítica inicial a la forma en que deben presentarse las investigaciones en el ámbito de lo social, particularmente quiero referirme a esa forma extraña que entendemos como *tesis*, esa forma que, con el paso del tiempo, ha adquirido una estructura sólida que parece servir de molde para verter todo lo pensado. De ese molde he intentado, valga decir infructuosamente, distanciarme; entre las razones que

limitaron ese distanciamiento tuvo que ver una que opera como un poder simbólico, entre lo que es válido hacer en estos casos, producto de la tradición, que terminó pesando en mí y, que de algún modo di por sentado, acabaría pesando sobre los evaluadores. Sin embargo, sigo creyendo que es menester para el pensamiento social romper dichas formas establecidas tanto en lo teórico como en lo narrativo, que delimitan un camino y, por ende, lo dan por sentado, olvidando que toda investigación debe estar fundada en la búsqueda, en la posibilidad de disidir, de ofrecer nuevas miradas, nuevos relatos, que aunque se funden en los saberes pasados siempre responden a un acto creativo capaz de generar nuevos conocimientos; En cierta medida quedarse en esos moldes implica una renuncia a la búsqueda y, con ello, una renuncia al sentido mismo de la investigación.

II

Hay una segunda crítica que, al menos en su aspecto formal, es similar al cuestionamiento del molde tesis, en lo que respecta a los aspectos teóricos para abordar la experiencia del trabajo. En un primer momento planteé intentar al máximo no ceñirme a postulados ya dados por otros autores, evitando, con ello, al máximo recurrir a la cita, a la frase ya dada entre comillas, a la manera en que una tradición aborda el tema; buscando, con ello, intentar al máximo obligarme a desprenderme de las figuras de autoridad que se han impuesto como formas hegemónicas para investigar una determinada experiencia y que parecen presentarla como un objeto ya acabado. Consideré que dicho objetivo se encontró con algunas limitaciones que esbozo a continuación:

La primera de ellas, se encuentra relacionada con mi formación profesional como sociólogo, disciplina que había abordado principalmente desde las escuelas clásicas, particularmente desde la vertiente kantiana que acaba sintetizada en los planteamientos de Weber y de la escuela hegeliana resumida en los planteamientos de Marx. De dicha tradición no pude desprenderme del todo y siento que termina atravesando todo el texto, aunque subrepticamente, bajo muchos de los postulados y críticas planteadas por

Hannah Arendt. Ello me obliga a afirmar que los intentos del pensamiento social son siempre un diálogo crítico con otros, con otros vivos que nos acompañan en el sentir de una época, es decir, nuestros contemporáneos; y con otros que, aunque ya no se encuentran presentes, han realizado aportes valiosos para comprender una experiencia y, aunque intentemos distanciarnos de ellos, sus ecos continúan resonando en la mente del investigador. De allí, que pueda decir que pensar es una fiesta de autores cuya sede es la cabeza del investigador.

La segunda limitación se encuentra en que, como ya señalaba Walter Benjamín, la mirada de los historiadores se ha identificado con el vencedor y

“al identificarse con el vencedor, por tanto, el historiador servirá irremediamente a los poseedores del poder actual [...] quienquiera que hasta hoy haya conseguido la victoria formará parte del gran cortejo triunfal que pisotea a los que tapizan el suelo” (Benjamin , 2012, pág. 391)

En alguna medida, he querido contar la historia de los pisoteados, de los que tapizan el suelo, lo que ha terminado dando un aspecto pesimista, lúgubre al texto y, cabe sostener, que en el intento de liberarme de esquemas teóricos termine intentando dar cuenta de una sola parte de la historia, la de los vencidos, alejándome con ello del supuesto de objetividad que suele imperar en estos casos.

La tercera de ellas, pero no menos importante, es que intentando desprenderme de la tradición, es necesario reconocer que realicé un ejercicio similar al de algunos autores que podríamos catalogar, válgame la expresión, como una tradición de la disidencia. En dicha tradición ubico principalmente al filósofo Michel Foucault que a partir de la problematización de una experiencia, la de la locura, va dejando que emerja, paralelo a ella, todo un cuerpo conceptual (Foucault , 1967); a su vez, ubicó en dicha tradición a Jacques Derrida quien propone, mediante la deconstrucción, toda una revisión de los conceptos bajo los cuales se piensan las investigaciones en las ciencias sociales, poniendo en tela de juicio tanto los objetos investigados, así como los supuestos mismos que han venido dando un soporte conceptual a las ciencias sociales (Derrida, 2002).

III

Para finalizar quiero señalar dos aspectos que a mi parecer no pueden ser nunca perdidos de vista en el campo de la investigación social:

El primero de ellos es que todo cuerpo teórico y metodológico es arbitrario, así como las razones que instituyen una forma de pensar y actuar en determinado cuerpo social (Castoriadis, 2005), que dichas razones nos parezcan más o menos lógicas se encuentra en relación con los procesos de socialización en los que damos por sentado un mundo común, ya sea partiendo desde la idea de dios en el mundo medieval o como ha imperado en la modernidad partiendo desde la idea de la razón para explicar el mundo; pero no por ello puede omitirse que dichas comprensiones del mundo corresponden a formas imaginadas que nos parecen lógicas, aceptables, porque toda la estructuración de nuestro pensamiento se encuentra permeada por ellas.

El segundo aspecto es que el objeto de investigación social lo funda el acontecimiento político, un acto creativo común, de allí que la naturaleza de lo pensado, exija a su vez, de actos creativos para asirnos con la realidad social siempre cambiante.

De estos dos aspectos se desprende un tercero, a modo de síntesis, donde podemos afirmar que toda narración, todo relato en las ciencias sociales, no es más que una mirada parcial, inacabada, un camino que hay que andar y desandar miles de veces, una obra que debe estar en permanente (des)construcción.

Referencias bibliográficas

Arendt, H. (2018). *¿Qué es la política?* Bogotá, Colombia: Editorial Paidós.

Arendt, H. (2005). *La condición humana*. Barcelona, España: Editorial Espasa Libros.

Beck, U. (1999). *Hijos de la libertad: contra las lamentaciones por el derrumbe de los valores*. México D. F: Editorial Fondo de Cultura Económica, FCE.

Benjamin, W. (2012). *Escritos franceses*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Amorrortu.

Benjamin, W. (2020). *Iluminaciones*. Bogotá, Colombia: Editorial Taurus.

Caballero, A. (2018). *Historia de Colombia y sus oligarquías*. Bogotá, Colombia: Editorial Planeta.

Castoriadis, C. (2005). *Los dominios del hombre*. Sevilla, España: Editorial Gedisa.

Chihu Amparán, A. (2012). *La teoría del framing: un paradigma interdisciplinario*. México D.F: Editorial Centro de Estudios Sociológicos.

- Delgado, R. (2005). *Análisis de los marcos de acción colectiva en organizaciones sociales de mujeres, jóvenes y trabajadores*. Manizales, Colombia: Editorial CINDE.
- Derrida, J. (2002). *La Universidad sin condición* . Madrid, España: Editorial Trotta.
- Elias, N. (1989). *El proceso de la civilización* . Ciudad de México: Editorial Fondo de Cultura Económica, FCE.
- Estrada Álvarez , J., Fajardo Montaña , D., Giraldo Moreno , J., Molano Bravo, A., Moncayo Cruz, V., Cantor Vega , R., y otros. (2015). *Conflicto social y rebelión armada en Colombia Ensayos críticos* . Bogotá, Colombia: Editorial Gentes del Común .
- Foucault , M. (1967). *Historia de la locura en la época clásica I*. Mexico, D.F: Editorial Fondo de Cultura Económica, FCE.
- Foucault, M. (1988). *El sujeto y el poder*. Revista Mexicana de Sociología, Vol 50, 3-20.
- Foucault, M. (2006). *Seguridad, territorio, población: Curso en el College de France: 1977-1978*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica, FCE.
- Goffman, I. (2006). *Frame Analysis: Los marcos de la experiencia*. Madrid, España: Siglo XXI Editores.

Guzman Campos , G., Fals Borda, O., & Umaña Luna , E. (1962). *La violencia en Colombia* . Bogotá, Colombia: Ediciones Tercer Mundo.

Hardt, M., & Negri, A. (2000). *Imperio*. Barcelona, España: Editorial Paidós.

Hegel , G. (2009). *Fenomenología del espíritu*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Fondo de Cultura Económica, FCE.

Horkheime, M., & Adorne, T. (2009). *Dialéctica de la Ilustración* . Madrid, España: Editorial Trotta.

London, J. (2008). *Cuentos de los mares del Sur* . Barcelona, España: Editorial Navona.

Marx, C. (1946). *El Capital* . Bogotá, Colombia: Editorial Fondo de Cultura Económica, FCE.

Mc Adam , D., McCarthy, J. D., & Zald, M. N. (1999). *Movimientos sociales: perspectivas comparadas* . Madrid, España: Ediciones Istmo, S.A.

Pessoa, F. (2013). *Un corazón de nadie*. Barcelona, España: Editorial Galaxia Gutenberg.

Weber , M. (1944). *Economía y Sociedad* . México D.F: Editorial Fondo de Cultura Económica, FCE.

Weber, M. (2011). *Historia Económica General*. México: Editorial Fondo de Cultura Económica, FCE.

Zizek , S. (2018). *Sobre la violencia* . Bogotá, Colombia: Editorial Planeta.